Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII | San José, Costa Rica | 1947 | Sábado 29 de Marzo | No. 26

Año XXVII — No. 1014

¡Qué encanto de feminidad es esta Juana de Ibarbourou! Juana de Ibarbourou es, ante todo, poeta. Es la primera y más fuerte impresión que nos produce el deleitoso recorrido por su Antología. Pero, a poco de lectura, aparece la novia, y la esposa, y la madre. Y todo, sin que esta domesticidad amengüe o afee la exquisitez e idealidad de su poesía.

Y es mujer, también. Es la Eva primigenia. Es la Venus mitológica. Pero, siendo como es, amorosa y apasionada, es casta, es pura. Hay mucho comedimiento en sus audacias verbales de amor. Parece que se dirigen siempre al compañero único. Sus expresiones amorosas, siempre finas y eminentemente poéticas, parecen animadas del ardor de la poetisa más bien que del ardor de la mujer.

Juana de Ibarbourou es el poeta esencial, predestinado, todo idealidad e inspiración. Sus poemas obedecen y fluyen siempre de un rapto poético. Casi se advierte el temblor de sus manos, de su cuerpo, al ser poseída por el entusiasmo divino, por el delirio de la Musa. Pero, esta Musa, radiante de inspiración, es, al mismo tiempo, la mujer amante, sujeta al dulce yugo del hogar. Quisiera ella vagar a la ventura por los campos, tras el miraje de belleza, tan caro a los poetas; pero no lo hace porque es mujer. Así, dice:

Si yo fuera hombre, ¡qué hartazgo de luna
De sombra y silencio me había de dar!
¡Cómo noche a noche solo ambularía
Por los campos quietos y por frente al mar!

Si yo fuera hombre, ¡qué extraño, qué loco
Tenaz vagabundo que había de ser!
¡Amigo de todos los largos caminos
Que invitan a ir lejos para no volver!

Cuando así me acosan ansias andariegas,
¡Qué pena tan honda me da ser mujer!

Es poeta objetivo y subjetivo. Ambas calidades de la poesía se equilibran en ella de un modo admirable. De ahí que sus versos tengan el encanto del paisaje, del campo, donde el alma se tonifica y alegra. Ha bebido su poesía en la Naturaleza. De la Naturaleza ha extraído la esencia de su poesía. Ha hecho su poesía de lozanías y fragancias del campo. Esas fragancias de que ella dice que está hecho su propio cuerpo. Y esta mujer que ha hecho suyos, para su cuerpo y para su poesía el «olor a salvias» y «la frescura del ramo de hierba cortado a la hora del alba»; esta mujer—decimos—es una mujer de su casa, que nunca deja su

JUANA DE IBARBOUROU

Por LUIS VILLARONGA

(En el *Rep. Amer.*)



Juana de Ibarbourou

(Dibujo de *Lanau*)

—

casa. ¡Qué contraste con «El Vendedor Ambulante»! Ella quisiera irse con el caminante para ser amiga de todas las albas y los ocasos.

Lo miro pasar llena de una emoción compleja.
Yo, la mujer que nunca ha dejado su casa,
La de ojos que jamás ven cambiar su horizonte,
No sé si lo que siento es envidia o lástima.

Pero, estando en la casa su más bello quehacer es la poesía. Desde su casa alcanza las maravillas de su poesía. Esas maravillas están en la Naturaleza y son las hierbas y flores sencillas de los campos, los árboles, los paisajes. Los temas de sus versos. Se levantará temprano para ver la salida del sol.

Mañana me levantaré de madrugada.
Quiero ver como el sol, alfarero barbado,
Va modelando el cántaro de un día
En el torno remiso de este mes de verano.

Mas, no hay que atenerse a lo que ella dice. Su pasión por la Naturaleza la llevará a pleno campo, bajo la lluvia, para hacer suya la lluvia y después ponerla en sus versos.

¡Cómo resbala el agua por mi espalda!
¡Cómo moja mi falda!
Y pone en mis mejillas su frescura de nieve.
Llueve, llueve, llueve,
Y voy senda adelante
Con el alma ligera y el alma radiante.

La poetisa no se encastilla en sí misma para cantar tristezas de amor y de dolor. Su alma se derrama por el inmenso ámbito y se objetiva en el árbol, en la flor de la salvia, en la luna, en la noche, en el camino. Y de esa objetivación de su alma egregia en la Naturaleza nace la intensidad y hermosura de su poesía. La Naturaleza es el cañamazo en que la poetisa borda las filigranas de su arte.

No hay en su alma complicaciones espirituales ni neurastenia. Su poesía no es la poesía indescifrable de algunos poetas modernos. Ella pertenece a la escuela eterna de la poesía clara, sencilla, plena de radiante e inspirado sentido. No hay en la Ibarbourou el subjetivismo extremo del poeta que, en introspección constante, hurga en su ser y se derrama en lamentos, quejas o rebeldías contra todo lo divino y humano. No; la Ibarbourou posee una psiquis normal, sana, ágil y vibrante. Claro es que, a veces, siente, como todo el mundo, tristezas y nostalgias; pero ellas se proyectan al exterior en efusiones de ternura y se concretan en delicadas metáforas que tienen por base las formas bellas de la Naturaleza. Y esa efusión, ese arranque de amor se dirige a todo lo que existe y es constante en Juana de Ibarbourou. Su alma no se requeda en sí misma en contemplación narcisista. Se derrama sobre la Naturaleza para devolver en ternura la inspiración que la Naturaleza le da. En uno de esos arrebatos de entusiasmo poético de que su obra está llena, canta:

¡Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena
Cual si fuera la diosa del trigo y de la avena!
¡Soy casta como Diana!
Y huelo a hierba clara nacida en la mañana.

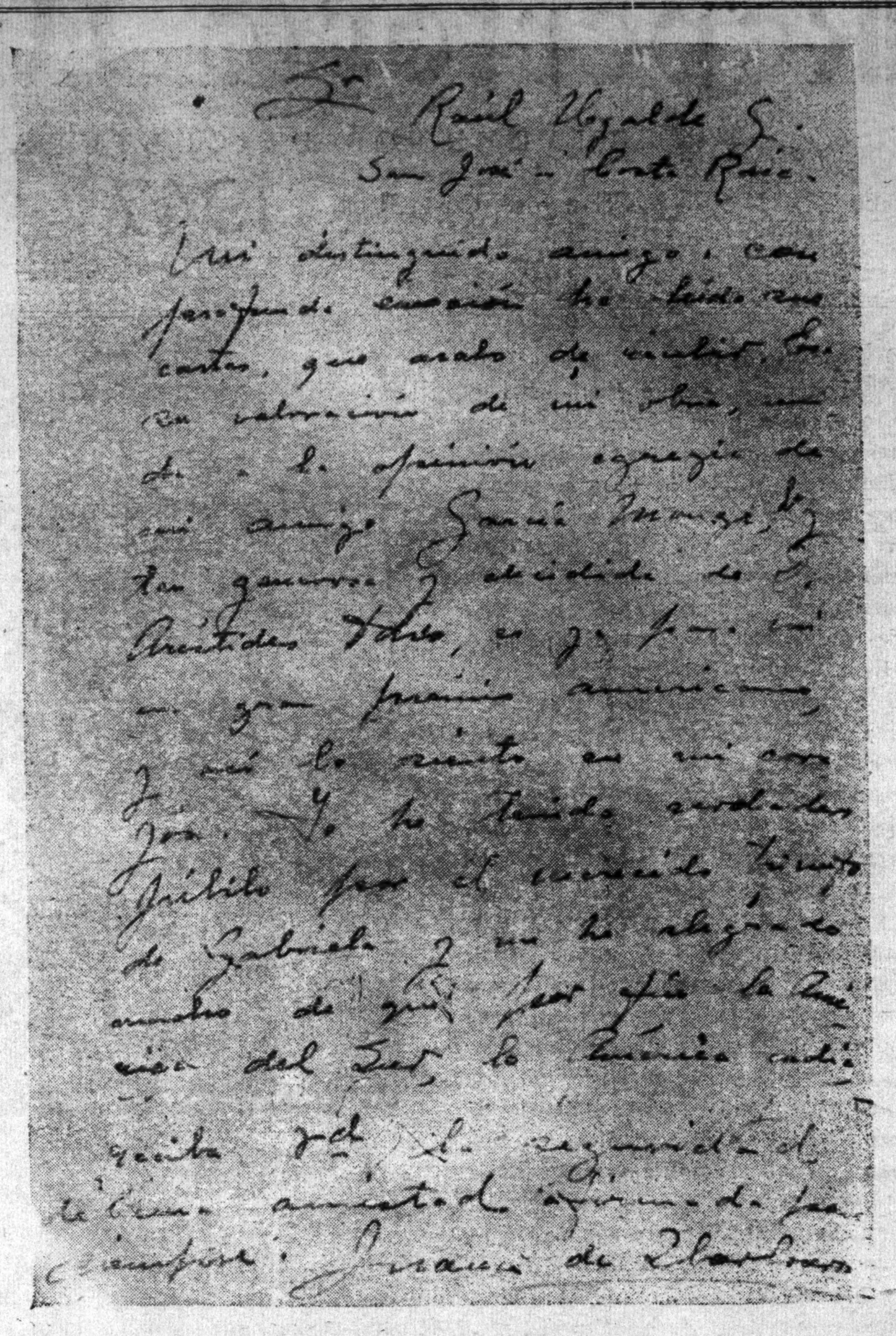
Hace gala en sus versos de un alma opulenta de amor, de caridad, de piedad, que se vuelva sin cesar sobre los seres y las cosas. Cuando habla de amor parece siempre una novia. Hay en su amor la lozanía del amor de la novia que guarda intactos sus tesoros para el amado. En sus poemas al amado, que son muchos, siempre se muestra la poetisa embalsamando su pasión con la fragancia de las praderas por donde la vemos caminar presa del rapto poético. Su

amor parece un culto. Sus gestos ante el amante, sahumando sus caminos, alfombrando sus pasos con olivos y flores, preparando su confort hogareño, imaginando ternezas, parecen gestos de un ritual místico, sagrado. Pocas mujeres han amado más que Juana de Ibarbourou y ninguna ha amado con más exquisitez, con más delicadeza. Es la pasión estilizada, sin que deje de ser por eso sincera y espontánea. Es la mujer amando, pero la mujer que tiene en lo más íntimo de sus entrañas el numen divino y embelesador. El amor, que es en ella normal y poderoso, se poetiza, elevándolo como una ofrenda única al amante. La mujer y la poetisa se adunan para amar con uno de los amores más bellos que han existido sobre la tierra. La mujer ama naturalmente, pero la poetisa pone en ese amor la estilización, la belleza, el alto decoro de las obras poéticas.

Juana de Ibarbourou toma de la Naturaleza la sensación y la imagen. De aquí que hay en su poesía una lozanía y una fragancia que nunca morirán. En todos sus versos hay cosas de la Naturaleza. Y, como la Naturaleza, su poesía es fluida, sencilla, clara y luminosa. Juana quiere estar siempre en contacto con la Naturaleza. Perfuma sus armarios con membrillos maduros. Quiere que por el cuarto se esparza un ambiente de huerto al sacar del armario un brazado de ropa íntima. Ese es su perfume. Dice que su cuerpo «está impregnado del aroma ardoroso de los pastos maduros»; que su cabello esparce, al destrenzarlo, olor a sol y a heno, a salvia, a hierbabuena y flores de centeno. Está segura de que ninguna otra mujer, por joven y amorosa que sea, dará a su amado esa impresión de amor agreste, ese aroma frutal que tiene su cuerpo, ese constante sabor a primavera. Nótese que en todo esto no hay sensualidad; hay pasión por la Naturaleza. Y de esa pasión por la Naturaleza toma su poesía su fuerza y su esplendor.

Por ese su amor a la Naturaleza la poetiza no quiere morir. Encarga a su amante que, si muere, la ponga a flor de tierra. Ella volverá; por la savia de una planta ella se asomará en la flor para ver al amante.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así [sea
Más breve. Yo presiento
La lucha de mi carne por volver hacia arriba,
Por sentir en sus átomos la frescura del viento.
....
Arrójame semillas. Yo quiero que se enraícen
En la greda amarilla de mis huesos mengua- [dos.
¡Por la parda escalera de las raíces vivas
Yo subiré a mirarte en los lirios morados!


Sr. Raúl Ugalde G.
San José - Costa Rica.

Mi distinguido amigo: con profunda emoción he leído su carta, que acabo de recibir. Su valoración de mi obra, unida a la opinión egregia de mi amigo García Monge, y tan generosa y decidida de D. Arístides [illegible], es ya para mí un gran premio americano, y así lo siento en mi corazón. Yo he tenido verdadero júbilo por el merecido triunfo de Gabriela y me he alegrado además de que por fin la América del Sur, la América [illegible].

Reciba Ud. la seguridad de la buena amistad afirmada para siempre. Juana de Ibarbourou

(Honrosa página autógrafa de *Juana de Ibarbourou.*)

Siendo como es una insigne y famosa poetisa, es siempre la madre tierna. La solicitud del hogar no disminuye sus timbres de artista y la excelencia de su obra. Creen algunos equivocadamente que en la obra del artista no debe haber señal alguna de burguesa domesticidad. En Juana de Ibarbourou la ternura familiar magnifica su obra. La mujer y la artista crecen ante nuestros ojos. Ahora sabemos que no sólo es inteligente y exquisita; es buena y es sabia como la mujer fuerte de la Biblia. Quiere parecerse a Ruth, la Moabita—ella lo ha dicho—y a Ruth dedica su Antología poética. ¡Ruth, arquetipo de la piedad filial! Y Juana de Ibarbourou, como la Moabita, se fue a espigar en los hermosos campos de cebada y trigo y su poesía tiene el olor y la luminosidad de los hermosos campos.

Ella reza por su hijo.

Ya no es la flor ni el gajo. Es un arbusto
Que no cabe, Madre, bajo el ala,
Y por él rezo y tiemblo a toda hora
Despierta muchas veces hasta el alba.

¡Con la frente en el polvo te suplico
Que por él veles y me des la vida,
Mientras él mi ternura necesite, Madre divina!

Y en una de sus bellas páginas marianas en prosa, dice a la divina Madona: «Fuiste la Madre con el pecho traspasado de espadas. ¡Cómo, todas las que tenemos hijos, hemos de comprenderte y amarte!»

Juana de Ibarbourou se queja de que en este siglo no haya hadas en el mundo. Pero, ¿qué es ella sino un hada? Ella es la más encantadora de las hadas. Ella es el hada encantadora de América. ¿Quién que lea sus versos no sentirá el deseo de hacerse su vasallo y coronarla Reina de la Poesía de todo el ancho mundo hispano-americano?

San Juan, Puerto Rico, 1947.

Nos parecía increíble cuanto escuchábamos de labios de nuestros amigos,—profesores, escritores, periodistas. No podíamos creer que fuera verdad que un gobierno que acababa de obtener un triunfo popular tan evidente como inesperado para los propios hombres de letras de la Argentina, no encontrara vía más adecuada para afirmarse y desenvolver una política en beneficio de aquel país, que la de desatar, de un modo abierto y sin precedentes, una verdadera persecución contra todo la que significara inteligencia. Me lo decían en todos los círculos que visitaba, en las reuniones familiares. Yo no quería creerlo. Aun en los periódicos aparecían notas que eran síntomas de mayores acontecimientos, pero siempre pensé que las medidas serían aisladas, sin llegar a adquirir los relieves de una campaña digna de los tiempos de la Mazorca.

Un olvido del más elemental sentido de la responsabilidad del gobernante, que sería establecer el equilibrio de las fuerzas del país dirigiéndolas a los altos fines morales, materiales y espirituales en que deben converger sus previsiones y desvelos, puede llevar a extravíos de consecuencias incalculables. Por de pronto, no es posible, y eso lo preveía Martí, gobernar a un pueblo sin espíritu o contra el espíritu que le da forma y contenido. Porque se olvida con frecuencia que un pueblo no es un rebaño que se dirige con voces de mando al modo mejor de saciar sus más elementales apetitos. Por ese camino no sólo no se engrandecen, sino se les lleva a insólitos grados de rebajamiento.

Pero llegó un instante en que me fué dable apreciar todo el peligro que pendía sobre una nación en que se entronizaba una demagogia sin medida ni freno, en que la voz del más alto gobernante atronaba el espacio cargado de rencor, azuzando a las multitudes hacia una persecución desatentada contra los hombres que reprentaban la letra impresa y la cultura, contra los profesores y escritores, contra los periodistas y los profesionales. Y se les alucinaba presentándoles el cuadro de un país hasta ese momento gobernado por una plutocracia insaciable, y ahora libre de ella gracias a los «descamisados», que habían recogido las promesas de quien, levantando esa bandera, se declaraba su salvador en sus necesidades y desamparo. Hablaba de *sus* «descamisados», exaltándolos como las únicas fuerzas reales, explotadas y desconocidas, como si hasta esos momentos nadie hubiera pensado en ellas. Les mostraba un paraíso cercano, un paraíso a su mismo alcance, y todas las ventajas de un futuro dirigido hacia una política de «recuperación nacional». Pero junto a ese nacionalismo que hacía entrever un futuro de libertad sin compromisos con países extranjeros que pesaran en su economía, las transacciones con el capitalismo extranjero continuaban, las huelgas se sucedían, y los periódicos daban cuenta alguna vez de haber sido atropellados grupos de huelguistas por la fuerzas pública.

Tuve oportunidad de presenciar algunos de los actos que se celebraron en la Plaza de Mayo, durante el día 17 de octubre, la fecha misteriosa en que aparece que los «descamisados» rescatan a Perón de no se sabe qué misterioso secuestro Me dí cuenta de que no se trataba de un acto celebrado por la ciudadanía de una capital de alto grado de cultura, sino más bien de una concentración de empleados públicos, de obreros del Estado, llevados allí por la fuerza de las circunstancias, de trabajadores a

CRISIS DE LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS

Por Félix Lizaso

(*Envío del autor*. En La Habana. Apartado 2228.)

quienes aun se les mantenía la ilusión de los grandes beneficios que se les hiciera concebir. El halago de una parte y el temor de la otra, y aun el tanto por ciento de bajas complacencias que la cruzada contra la inteligencia alimentaba en los que creen que la culpa de sus desdichas han de tenerla los más favorecidos por la inteligencia y la cultura, se barajaban para producir cierto estado de exaltación en las masas.

Y cuando oí el ofrecimiento de levantar en aquella misma Plaza de Mayo un monumento al «descamisado», tomándolo como símbolo de su misma irredención, y no como tránsito hacia su superación, pues tal monumento equivaldría a perpetuar un mero estado social, a una condena tácita de permanencia en tal condición, comprendí mejor aún el fondo demagógico del plan. Y al mismo tiempo que de ese modo se halagaban las pasiones de hombres que por su misma condición eran rehacios a recapacitar sobre la intención de aquellas palabras, se hacían insinuaciones dirigidas a señalar como responsables de sus males a los representantes de la inteligencia, a los que precisamente uno y otro día habían escrito en favor de los beneficios sociales, pero cuya gran culpa era haberse unánimente sumado a la campaña política contra el advenimiento de un régimen militarista que el país siempre había repudiado. Eran la venganza, el rencor y cierto complejo de inferioridad, en juego contra las fuerzas espirituales. Porque al saberse combatido por los más altos espíritus, no hallaba medio más adecuado de realizar su obra, que declarar la persecución de cuantos de un modo o de otro pusieron su firma en los manifiestos o alzaron su palabra para señalar como gravísimo mal, caer en manos del militarismo, del fanatismo y de la demagogia.

La víspera del 17 de octubre nos habíamos reunido a cenar un grupo de amigos. Había una gran peocupación en todos los ánimos, pues se propalaban rumores de que algunos periódicos serían atacados o aun incendiados en esa noche. Mi impresión era que se exageraban los rumores para acentuar el pánico y alimentar el instinto de las masas. De ese modo, las turbas fueron una amenaza alimentada por la complicidad de las pasiones, y en todo caso podía parecer que era el pueblo quien realizaba cualquier tropelía, por espontánea adhesión al gobierno y en reacción contra la prensa que lo censuraba.

Cocretándonos al problema del profesorado, pude recoger la impresión de que muchos hombres eminentes habían sido ya separados de sus cargos u obligados a renunciar. Se comentaban los casos de Castex y de Amado Alonso. Amado Alonso, naturalizado argentino, que allí había creado una familia, había levantado a gran altura el Instituto de Filología, considerado como el de más sólida reputación científica en su género en nuestra América. Invitado por una Universidad Norteamericana, había obtenido licencia para ausentarse y en tales circuntancias se decretó su cesantía, alegándose que tal ausencia demostraba su poco amor a las instituciones del país. Uno y otro día veíamos en los periódicos que acá o allá iban cayendo figuras de prestigio en el campo de la enseñanza. Era claro que un método sistemático estaba en práctica. A Juan Mantovani, que acababa de regresar en una gira por varios países de América, en cuyas universidades ofreció conferencias en pro de una educación de tipo humanístico, cosechando en todas partes gloria para sí y para su patria, se le separaba de su cátedra como profesor de ciencias de la educación, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, publicándose que el motivo de tal separación era un discurso que había pronunciado en la Universidad de San Carlos de Guatemala, durante la celebración de su primer año de autonomía, por haber hecho una referencia a la juventud universitaria argentina de 1945 y a su lucha en favor de la normalidad constitucional y de la democracia.

Desde aquellos momentos, en que ya era visible el plan del gobierno, no transcurría día sin que nuevas cesantías se produjeran, creándose un estado de alarma entre el estudiantado de la nación. Para realizar el plan sistemático de separar de sus cargos a cuantos profesores de un modo u otro habían combatido el advenimiento del régimen, o se sabían contrarios a él, fueron designados en todas las facultades universitarias los personajes encargados de ejecutar la obra de venganza política concebida. Se

nombraron «delegados interventores» con atribuciones omnímodas, los que, como fácilmente se comprenderá, se escogían entre aquellos pocos profesores capaces de prestarse a tales designios persecutorios. Ni que decir tenemos, porque es caso conocido, que tales designaciones, en la gran mayoría de los casos, recaían en figuras muy de segundo orden, casi siempre resentidas por su misma secundaria posición.

Y así, con pesadumbre ante tal aberración del sentido de la justicia y del decoro, ante tal equivocada práctica contra todos los derechos de la libertad de pensar y de opinar, en un país que tuvo siempre el privilegio de una digna ciudadanía, hemos seguido en la propia prensa bonaerense el tragico plan que ha privado a la alta docencia del país de su más representativas rectorías, muchas de las cuales son orgullo no sólo de la Argentina sino de la América toda, —y aun universales. ¿Es posible que a tales extremos llegue la obcecación gubernamental, para así perseguir a quienes lo censuran en uso de legítimos derechos, y no se avienen a uncirse al carro de la victoria?

Para provocar las renuncias de profesores eminentes y de nombre continental, a los cuales acaso se temía cesantear, en evitación de comentarios fuera y dentro del país, se ha recurrido a distintas fórmulas que tienden a provocar la dignidad del profesor. Una de ellas ha sido la de someter las mesas examinadoras a observación por «veedores», alegándose que se trataba de evitar las reprobaciones injustas a estudiantes contrarios a la huelga declarada como consecuencia del cúmulo de atropellos que han venido perpetrándose. Muchos profesores se negaron a formar parte de la mesa examinadora, considerando inaceptables las medidas anunciadas. En la Escuela de Medicina se distinguió, por su inquebrantable decisión de no doblegarse a las arbitrariedades, el Dr. Nerio Rojas, profesor titular de medicina legal. Y se suman a la protesta contra las separaciones indebidas grupos de médicos docentes, libres y adscritos, de la Escuela de Medicina.

Instituciones políticas, sociales y culturales levantan su voz ante el inusitado atropello a las libertades y derechos, que sólo es una persecución política, con el pretexto de haberse utilizado la cátedra para actividades ajenas a la misma. En un periódico hallamos la resolución de protesta adoptada por el Partido Demócrata de la Provincia de Buenos Aires, y el acuerdo de adhesión a profesores y estudiantes, en una campaña en favor de la cesación inmediata de las intervenciones universitarias y el restablecimiento de las autoridades académicas con arreglo a las leyes.

El Consejo Central de las Juventudes Socialistas ha actuado dirigiendo un mensaje a los estudiantes universitarios, adhiriéndose a las resoluciones de las distintas Federaciones Universitarias, y añadiendo que «cumple con el deber de señalar a toda la juventud obrera y estudiosa de América la necesidad perentoria de apoyar de firme y por todos los medios posibles el paro gremial realizado en defensa de la autonomía universitaria vulnerada».

Tanto ese Consejo Central, como la Asociación Argentina de Mujeres Universitarias y todas las Federaciones de igual carácter del país, levantan su voz contra el proyecto del estatuto incluído en el Plan Quinquenal del gobierno, por cuanto equivale a destruir la esencia misma de la Universidad argentina, convirtiéndola en un instrumento burocrático.

No vamos a recoger aquí el eco de todas las protestas que se han levantado en la Argentina, condenando los métodos puestos en práctica contra la enseñanza y la inteligencia. Pero no queremos dejar de señalar el hecho de haber renunciado a sus cátedaras de las Universidades de Buenos Aires y La Plata uno de los verdaderos maestros en el campo de la filosofía: el profesor Francisco Romero. A Romero se le considera en estos momentos como figura central en el campo de la filosofía en América. Durante años se ha consagrado a la enseñanza. De su cátedra han salido hombres que hoy están en primera línea entre los profesores de filosofía de la Argentina. Con su gran espíritu y su desinterés ha contribuido de modo ejemplar a la formación de grupos filosóficos que ya han conquistado brillo propio. En la Universidad de Tucumán era evidente que actuaba de modo sobresaliente el grupo humanístico en que podían contarse figuras de primer orden como Risieri Frondizi y Aníbal Sánchez Reulet. Ese esfuerzo ha sido destruido. También ha quedado prácticamente desarbolado el Instituto de Filología de Buenos Aires. Francisco Romero, uno de los cinco argentinos que es miembro honorario de la American Academy of Arts and Sciences, por solidaridad con compañeros y discípulos, y además movido por justa indignación ante las vejaciones de que se hace objeto al profesorado argentino, renunció a todas sus cátedras.

En los países de nuestra América, en que se está al tanto de ese triste proceso de disolución de la Universidad argentina, que hace pensar en el retorno a épocas que creíamos superadas, se han expresado formas de solidaridad. A Venezuela fué invitado Frondizi; a Colombia Sánchez Reulet. Otros países se apresuran a dar especial testimonio de adhesión a los profesores del país hermano. De Romero sabemos que de mucho antes se le insistía para que ofreciera cursos en universidades de ésta y de la otra América. Personalmente fuí portador de una invitación de la Universidad de la Habana, que me confió el Dr. Roberto Agramonte.

Los profesores argentinos, en general, sienten que su deber es quedarse allí, luchar por sus derechos, sufrir hasta donde sea necesario, con la convicción de que triunfarán, porque la justicia y el derecho triunfan siempre. Recuerdo que uno de los jóvenes profesores con quien hablé en los primeros días de mi llegada de la situación que se avecinaba, y a quien una gran organización internacional le ofrecía excelente posición en el extranjero, me dijo: —Yo no puede desertar de mi deber y mi deber es quedarme junto a mi maestro y a mis compañeros, decididos a cruzar la tempestad y a vencer.

No es posible considerar el caso del profesor argentino como un caso aislado, sin significación. La tiene, y de modo extraordinario, porque la cátedra no puede ser considerada un cargo público, botín de triunfadores. Tal práctica sería el foso de toda cultura, el retroceso de los derechos y de la libertad de pensamiento; un atentado a la democracia verdadera.

LAS CESANTIAS DE PROFESORES EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Renunció a sus cátedras el doctor Don Francisco Romero

El Dr. Francisco Romero envió ayer al delegado-interventor en la Facultad de Humanidades de La Plata la renuncia a las cátedras de filosofía contemporánea y de lógica, que dictaba, como titular, en esa casa de estudios. El viernes último había presentado su renuncia como profesor titular de gnoseología y metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

(*La Nación*, 8 diciembre, 1946.)

EL BESO

Es un cuento de Carlos Salazar Herrera

(En el *Rep. Amer.* - Del libro en prensa: *Cuentos.*)

—¿Cómo murió Miguelillo Ureña?. . . Voy a contarlo: Murió ahogado.

—Pero... ¡Si Miguelillo Ureña sabía nadar! . . .

*

Junto a un pedazo de cielo dormido en el lecho del río, con los ojos suplicantes prendidos de una quimera y las manos temblorosas apretujando una caña de bambú, vivía muriéndose de tristeza el pescador de barbudos.

El pescador de barbudos se llamaba Miguelillo Ureña, y Miguelillo Ureña, que aún no caminaba la legua de los quince, se había enamorado hasta las lágrimas de una muchacha cinco años mayor que él. Rita Camacho, que vivía del otro lado del río, frente a la poza, detrás de los bambúes orilleros. Rita Camacho, que en aquellos últimos años, como por encantamiento, se había transformado en algo muy parecido a un apretado racimo de naranjas de las mejores.

Desde aquí, muerto de sed, el pescador de barbudos miraba y miraba, por entre los vacíos de los bambúes, cómo la Rita Camacho iba y venía en sus quehaceres, desafiando con sus ondulaciones las ondulaciones de las nubes.

A veces las nubes eran osos blancos sumergidos en el río, a veces eran dragones de la tarde y Miguelillo Ureña se quedaba prendido en sus escamas de oro, terminando por dormirse agarrado a su caña de bambú. La noche le abría los párpados con las puntas de las estrellas.

Al día siguiente se repetían todas

las cosas: La mansedumbre del agua, los sauces mirándose en el río, el secreteo de los bambúes, el silencio de las piedras, la interminable navegación de las hojas amarillas, los osos y los dragones...

De tarde en tarde, Rita Camacho bajaba al río a llenar su tinaja y entonces el corazón del pescador de barbudos sonaba como una tambora.

—¡Hola, Miguelillo! ¿Has pescao mucho?

—Así, así. Ai va pa usté el más grande.

Y a los pies de la muchacha caía lo mejor de su pesca. Así habría querido también arrojar su corazón adolescente, grande y deshojándose como una chira de plátano.

Pasaban los días y la tortura no pasaba. Miguelillo Ureña, siempre junto a la poza del río, con el alma colgando de los hilos de una mirada amorosa, blasfemaba y sufría, arrojando piedras en la mitad de la poza. Piedras que originaban círculos concéntricos que crecían muriéndose, silenciosos, guardando el secreto de su herida, lo mismo que quien no tiene a nadie a quien contarle sus angustias.

Una tarde llena de humo de sol, llegó Rita Camacho a la orilla del río balanceando el racimo jugoso de su cuerpo y, mostrando al sonreír sus dientes como el belloncito blanco de los juaquiniquiles, preguntó a Miguelillo con ingrata coquetería:

—¿Te gusto?

El pescador de barbudos habría querido contestarle:—¿Que si me gusta?.. ¿Me pregunta usted que si me gusta?.. ¿Pero no vé que me estoy muriendo poquito a poco por su culpa?... ¿Pero no vé usted que estoy a punto de echarme a llorar?.. ¿Pero no sabe usted que cuando un muchacho de mi edad se enamora así, de una mujer toda hecha, llora y maldice y blasfema como una montaña ardiendo?...

Y nada dijo. Bajó la cabeza como con vergüenza y se atrevió a sonreír un poquito. Un poquito apenas.

—Adios, Miguelillo, ahí te dejo con tus barbudos.

Y Rita Camacho se fué, llevándose, para doble martirio, su reflejo en el agua de la poza.

¡Que si la quiero!, repitió mentalmente Miguelillo Ureña, ¡Qué si te quiero!... Habría querido también decirle:—Espéreme usted, dentro de cinco años tendré veinte... ¡Esperar cinco años, se dolió. ¡Cinco años!... ¡Sí! esperaré cinco años. ¡Mil años, si fuera necesario! Entretanto tengo que trabajar... pero... si trabajo, ¿Quién la mira?...

¡Cuántas ganas sintió de no quererla, para volver a ser feliz!..

Una noche calentita, Miguelillo, estirándose para crecer pronto, se quedó dormido en la hamaca de su casa. Entonces se le repitió el sueño disparatado que había sufrido otra noche.

«Bailaban los sauces y los bambúes, y las piedras grises del río jugaban con aros de agua. A veces pasaba Rita sin tocar el suelo. Luego las nubes borraban la casa y todo desaparecía, menos Aquello, lo único que era verdad, porque todo era falso: el río, los arboles, la casa, las nubes, menos ¡El Dolor! Después... ¡Aquella casa! La casa de Rita Camacho, surgía de nuevo y era una casa de cartón con las puertas de papel. ¡Qué fácil era romper aquella puerta!.. Miguelillo quiso correr a romperla, pero estaba sembrado en la tierra y...cada dedo de sus manos se prolongaba en una caña de bambú delgada, nudosa y amarilla. Para llegar a donde estaba Rita Camacho había un camino que duraba un siglo.»

*

Miguelillo Ureña se despertó.

Sintió un deseo incontenible de llegar a la orilla del río, a mirar, aunque no fuera más que eso, la puerta cerrada de aquella «embrujada casa de cartón», en donde se había alojado todo su mundo interior.

Dió un salto y salió corriendo cuesta abajo, quebrando ramas como un huracán. Se abrió campo entre los bambúes y vió a Rita Camacho.

Vió a Rita Camacho..., y vió algo más. Vió que alguien la besaba. Un guapo del lugar. Nada menos que Juan Ramón Santana.

¡Fué un beso que no acabó nunca!..

*

Aros de agua... Circunferencias luminosas que se extendían turbulentas... Enormes, como toda una vida...

Luego,... el eterno silencio de las piedras. Los bambués hablando en secreto. El arrullo encubridor del agua, la constante navegación de hojas... y la noche llena de limadura de estrellas.

Costa Rica, 1946.

LIBROS RECIENTES DE LA EDITORIAL LOSADA

Arthur Schnitzer *La señorita Elsa-Huida a las tinieblas*. Traducción directa de D. J. Vogelmann. Ilustraciones de S. Ontañón.

En la Colección «La Pajarita de Papel».

Son dos novelas. El autor es austriaco. Su obra, considerada como una «crítica intencionada de la superestructura bohemia vienesa», de la «bohemia feudal» por otro nombre.

En «Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal»:

El Nº 39. Montaigne: *Ensayos* IV. Traducción de Constantino Román y Salamero.

El Nº 40. Aristófanes: *Lisistrata. Las Tesmoforias. Las Ranas*. Traducción y notas de Federico Baraibar.

En la «Biblioteca Contemporánea»:

Francisco Vera: *Breve Historia de la Matemática*. («No me dirijo a los especialistas, que no encontrarían nada nuevo para ellos en este librito, sino al hombre que tiene un mínimo de cultura matemática—la de los primeros cursos del Bachillerato, por ejemplo— y que quiere conocer la génesis y el desarrollo de la ciencia llamada *exacta* con una pedantería que hay que combatir porque la Matemática, como todas las disciplinas científicas, ni estuvo, ni está, ni estará nunca—afortunadamente—en una situación definitiva, sino en perpetua movilidad y en constante revisión»).

En la «Biblioteca Filosófica»:

Raymond Aron: *Introducción a la Filosofía de la Historia*. Traducción de Angela H. de Gaos.

(«Nuestro estudio se desarrolla simultáneamente en tres planos que llamamos, para simplificar, *epistemológico, trascendental, filosófico*»).

En la «Biblioteca del Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social»:

Hans Kelsen: *La idea del Derecho Natural y otros Ensayos*. De Kelsen se ha dicho: «constituye incuestionablemente el principal jurista de la época».

En la Biblioteca Teoría e Historia de las Ciencias:

Bertrand Russell: *Nuestro conocimiento del mundo exterior como un campo para el método científico en la Filosofía*. Introducción por el Prof. Florencio D. Jaime. Traducción de Ricardo J. Velzi.

La poesía francesa del Romanticismo. Antología ordenada por Enrique Diez-Canedo. Los grandes románticos. Los precursores de las tendencias modernas, Los pernasianos, Los simbolistas, Los poetas nuevos, Las escuelas de vanguasdia.

Karl Vossler: *La poesía de la soledad en España*. Traducción directa de Ramón de la Serna Espina.

(«Un motivo poético, el de la soledad, da ocasión a Karl Vossler para recorrer la historia de la poesía española, desde la lejana Edad Media hasta la declinación del Siglo de Oro: lo trovadoresco, lo renacentista y lo quietista: el sentimiento religioso de la soledad y sus juegos devotos...etc.»)

En la valiosa Biblioteca «Conocimiento» de la Editorial PLEAMAR, y distribuidos por la editorial Losada, estos dos libros:

Caryl P. Haskins: *Las Hormigas y el Hombre*. Traducción directa por el Dr. Felipe Jiménez de Asúa.

Estudio de la vida de las hormigas, cuya semejanza con el hombre es innegable.

León Campbell y Luigi Jacchia: *Historia de las Estrellas variables*. Prólogo del Prof. Bernhard H. Dawson. Traducción directa por Wernes Schiller.

Estrellas que pulsan, estrellas que explotan, estrellas que giran vertiginosamente una alrededor de otra, nos revelan cosas insospechadas sobre las dimensiones y la estructura del Universo,

8 POESIAS

de MAURICIO VERBEL G.

(Atención del autor. Son parte de un libro en prensa: *Anfora*.)



Mauricio Verbel G.
(*Fausto*)

EL MANANTIAL

Es un ojo abierto *en la Llanura*
—eternamente vuelto al Infinito—
y en su pupila húmeda fulgura
el Iris de la Paz puro y bendito.

De las entrañas de la tierra mana
el caudal de su linfa cristalina
y al correr sus aguas se desgrana
el rumor de una música divina...

Su esencia fecundante lleva vida
a los mustios y estériles parajes
y es siempre con anhelo recibida

la trémula caricia de sus ondas
que copian en su seno los paisajes
y la espesa cortina de las frondas!

CANCION MARINA

Del mar, *en sus ilímites Llanuras,*
mi Nave empavesada se internó
y en sus Olas de fúnebres negruras
su ingrávido velamen desplegó...

La fosca tempestad batió inclemente
las velas de mi intrépido bajel
y su ruta desvió traidoramente
con los empujes de indómito Corcel.

Después de incierto navegar, su quilla
hincó en la riba de fulgente Mar
y—desmantelado en la desierta orilla—

como un despojo inútil yace inerte,
sin poder al Océano hoy retornar
para luchar de nuevo con la Muerte!

Panamá, 1947.

PANAMA

¡Los hálitos salobres *de dos Mares,*
acarician tu frente de Sultana
y el suave susurrar de los Palmares
arrulla tus ensueños del mañana.

El Ancón—como un mudo Centinela—
cabe a tus pies se yergue majestuoso
y pensativo por ti con celo vela
por temor de un zarpozo del Coloso.

La franja luminosa de la Costa
ciñe tu cuerpo de Princesa Indiana
y semejas—por lo grácil y angosta—

la Cintura de América Gloriosa,
Solar de la Estirpe Americana
y Campo de su Epopeya Portentosa!



ERRANTE

¡Solitario y pensativo, *errante voy por el Mundo*
alimentando en el alma la venturosa quimera
de realizar en la Vida un noble anhelo profundo
y ver flamear en la Cumbre el Iris de mi Bandera.

Las inclemencias han sido solícitas compañeras
en mi sendero de Cardos y de inciertas perspectivas,
donde al cruzar he sufrido las asechanzas arteras
de los rencores humanos y sus malignas diatribas.

Prosigo en la ruta que me he trazado yo mismo,
sin temer las emboscadas del odio ruin y malsano,
manteniendo mis Ensueños y el Sublime Idealismo

de amar la Sacra Belleza y aspirar a la Gloria,
que ante mí surge radiosa con su Poder Soberano—
para ofrecer a mis labios el néctar de la Victoria!

Panamá, 1947.

CAMPIÑAS NATIVAS

En las campiñas místicas, *cuando la tarde*
[expira
entre los esplendores de su púrpura real,
el Sol en Occidente es como inmensa Pira
que alumbra el Infinito en su pompa imperial,

El verdor de las frondas, a la luz del
[Poniente,
es obscura Esmeralda en la penumbra gris
y en el fondo del Bosque, la Fontana doliente
deja oír sus endechas en un suave desliz...

Una enorme tristeza se apodera de mi alma
en esta hora de sombras que obscurecen los
[Cielos,
cuando el Dios del Misterio—con su tétrica
[calma—

va cubriendo a Natura de sutiles neblinas,
que ocultan sus bellezas con impalpables velos
y privan a los mortales de sus gracias divinas!

Panamá, 1947.

EL ARQUERO DIVINO

¡Poeta, Arquero Divino, *que disparas tus versos*
cual Saetas luminicas sobre el blanco del Mundo
y tras de ímprobas luchas y constantes esfuerzos
pones lumbre en las almas con tu Canto jocundo.

Con la Aljaba provista de magníficas flechas,
vas por tierras inhóspitas predicando tu Ideal
y en las duras jornadas los peligros desechas
con tu sabia experiencia y energía sin igual.

Por el noble idealismo que en la Vida persigues,
han de ostentar tus sienes el Lírico Laurel
y—Vencedor de Imposibles - la Cumbre ya percibes,

donde la Augusta Gloria ha de premiar tu anhelo
de Intrépido Cruzado—sufrido y siempre fiel—
que ama el Arte del Verso con pasión y gran celo!

COSTA RICA

A Dn. Joaquín García Monge,
con mi sincera admiración.

Nación privilegiada *que en tu suelo,*
conservas una Eterna Primavera
y—bajo el límpido Palio de tu Cielo—
la Diosa de la Paz por siempre impera.

Tus Volcanes y Montañas imponentes,
son émulos del Gigante de los Andes
y, en medio de tus dos Mares rugientes,
como un Collar de Perlas, luz expandes.

En tus fértiles tierras los Cereales,
conviven con los verdes Cafetales
y brindan a tus hijos sus tributos;

eres como un Gran Pródigo Granero,
que ofrece hoy al Universo entero
la Espléndida Riqueza de sus frutos!

Panamá, 1947.

HIMNO A AMERICA

(CORO)

Como un Sacro Legado *guardaremos*
el Tesoro de nuestra Libertad;
a los Padres de América honremos
manteniendo la Paz, la Igualdad!

(ESTROFAS)

Nuestra América es rica y fecunda;
en su seno ella guarda escondidos
el Petróleo—en su entraña profunda—
y el Carbón y el Hierro adheridos.

Oro y Plata y demás Minerales,
nuestras tierras ofrecen al Mundo
y sus Bosques sombríos, virginales,
son un bello Paraíso jocundo.

Dos Océanos sus márgenes bañan
y los Andes enhiestos, imponentes,
como enormes criaderos entrañan
Naturales Riquezas ingentes.

Nuestro Clima es variado y risueño:
de Montañas abruptas descienden
Ríos inmensos que—en férvido empeño—
por los Valles sus linfas extienden...

Tiene América un pródigo suelo;
los Cereales y Plantas textiles
sus espigas levantan al Cielo
semejando Fragantes Pensiles.

En sus Campos feraces hoy moran
fuerte Raza de activos Labriegos,
que cultivan sus Predios y adoran
sus viviendas con íntimos fuegos.

Veintidós son los Pueblos hermanos
que integran nuestra América Altiva
y ahora marchan pujantes y ufanos
tras una amplia y feliz perspectiva.

Ellos quieren que América se una
con los lazos fraternos de amor
y confían en labrar su fortuna
desterrando el guerrero fragor.

Liberada de absurdos prejuicios,
de egoísmos y funestos rencores,
libre su alma de taras y vicios,
obtendrá nuestra América honores.

Una Augusta y Gloriosa Bandera,
con tres franjas—en Campo de Azur—
ha de alzar nuestra América entera
desde el Norte, el Centro y el Sur.

El Noble Ideal del Sublime Bolívar,
de formar de estos Pueblos un haz,
va adquiriendo en la América vida
como un sabio expediente de paz.

En Europa se incuban las guerras,
fomentadas por odios insanos
y la Muerte asuela a esas tierras
extinguiendo a millares de humanos.

Nuestra América ofrece la Vida
y practica el trabajo y la paz
y le brinda entusiasta acogida
al que arribe a su suelo feraz!

Panamá, 1-946.

CRONICAS DE MEXICO

TIPICAS BELLEZAS

Para mi admirado e inolvidable Prof. García Monge y su *Repertorio*, que ambos habrán de ir juntos.

Música y canciones; hilos de luna en los remos y canales de Xochimilco!—La luna platea los conos de los cipreses y se oye el golpe de los remos en el agua; la hermosa voz de mi muchacho repercute en la noche y se pierde en el ondular de una guitarra. ¡Xochimilco a la luz de un plenilunio, que cabrillea entre el follaje! glaucas aguas dormidas, argentado ensueño de sauces silenciosos, que en avanzada se prolongan como eternos centinelas de la Venecia mexicana. Xochimilco en el silencio de la noche.

Xochimilco también a pleno sol, cuando la feria es un himno a la Vida que danza en las trajineras ¡Agua, música, luz y color! ¡Xochimilco sonrisa del mundo!

Bosques de ensoñaciones en la metrópoli azteca. . . Armonía diluída en los conciertos matinales del Bosque de Chapultepec bajo el quieto frescor de milenarios ahuehuetes, que en la Calzada de los Poetas custodian bajo su sombra inmóvil, aquellos nombres que aprendimos a querer en la poesía inmortal: Sor Juana Inés, Peza, Manuel Acuña, Gutiérrez Nájera .... por cierto que el nombre de Nervo no lo encontré ¿habrá desaparecido en una de esas columnas medio destruidas por el tiempo?

Sinfonía en bronce y mármol! en el bosque Alameda—al que le dan su fresco nombre los álamos que allí crecen—donde son canto en bronce la Anadiomene y el Neptuno de Dubray, y las Musas de Canova, y la Eve de Sawvageau, y es ritmo el Mercurio de Juan de Bo onia, y gemido el mármol con temblor de ola en la «Desesperación», que se curva grácil y la cabellera esparcida sobre el suelo vibra con temblor de espumas. Pero lo más sugerente del parque Alameda es el Hemiciclo visto del lado norte, por la parte de atrás del bosque; al no verse completo en la arquitectura de sus columnas dóricas, parece entre los árboles una mansión de encanto—de esas que dominan los horizontes del Bósforo en los lienzos inmortales de Laurence Alma Tadema. Para mí el Hemiciclo visto desde la avenida, pierde el encanto que le da el follaje—donde contrasta la albura de los mármoles con los cilíndricos troncos, como rayados al carbón, de los álamos negros.

Ficus, ahuehuetes, sicomoros, jacarandás del Parque México, donde los millones de ramos parece que tamizan el aire de una luz violeta. Se siente allí la lluvia de las hojas del otoño como discos dorados oscilando desde arriba. Y me detuve para sentir el golpe suave de las hojas secas, que por un momento me envolvían,—delicia presentida sólo en óleos otoñales de Renoir. En nuestros países tropicales donde es tan imperceptible la transición de las estaciones, no puede disfrutarse esta belleza. Los árboles que van quedando escuetos evocan cosas olvidadas, épocas ya idas, recuerdos esfumados, rostros queridos borrados en el tiempo... El otoño es el gran evocador y por eso creo que es el gran inspirador de los países nórdicos. El viento helado que golpea en la cara trae una ansia nueva de algo que no puede definirse.

Pero ninguna belleza tan singular como la presencia de las cumbres maravillosas del Ixtaccíhuatle y del Popocatepetle; cuando el aire está despejado, son tan imponentes y misteriosas esas cumbres eternamente nevadas que en su estático silencio parece que nos hablan en la lengua de los siglos! La Embajada de Costa Rica tiene este regalo constante desde su balcón.

A la par de la belleza de sus cumbres, la belleza de sus monumentos. En ellos abruma la historia. Pirámides de San Juan Theotihuacán ¡milagrosa pirámide del Sol! en ella el simple turista ve apenas un monumento sin sentido, levantado por una civilización desaparecida ya. Pero allí la fiesta del solsticio tuvo su rito espléndido por grandes iniciados en la oculta ciencia de los astros. Allí venían en fastuoso desfile desde la Ciudadela los grandes sacerdotes revestidos de sus ricas galas, y en estricta graduación a la orden de su iniciación, se colocaban en cada uno de los cinco simbólicos estadios en que se divide la Gran Pirámide, cuya base se aproxima a la de Keops en el Egipto. Sólo al Sumo Sacerdote le era concedido llegar hasta la cumbre, donde el gran disco de oro recibía el rayo perpendicular del sol al darse la señal del rito, en el preciso instante del solsticio de estío—el más grandioso festival en los mundos ocultos—cuando el sol vierte el sumun de su energía por el polo norte y recibe nuestro oscuro mundo la más poderosa corriente magnética que lo ayuda en el curso de su larga evolución. Corresponde este festival al símbolo de las bodas de Canaan en el Nuevo Testamento.

Monumento de la América puede llamarse su Catedral, que en otro capítulo tratamos. Majestuosa se levanta recordando épocas suntuosas de virreyes; dando frente a la Av. 20 de Noviembre y a la hermosa Plaza de la Constitución—antigua Plaza Mayor—centro de los más trascendentales acontecimientos históricos y de los más fabulosos y heroicos hechos de aquella raza, resto quizá de la Atlántida remota.—De ahí partían los indígenas guerreros en busca de tribus enemigas; de ahí partió el Capitán de la leyenda—el altivo Popocatepetle—en busca del cacique enemigo, cuya derrota le daría como premio de su triunfo, la bella Ixtaccíhatle—la princesa dormida.

No hace muchos años que haciendo una excavación se encontró en esta plaza el famoso Calendario Azteca que constituye hoy la mayor riqueza del museo arqueológico de México. Se asegura que todo el subsuelo de la Plaza de la Constitución está cubierto de ruinas históricas.

AMALIA DE SOTELA

México, 1946.

ELOGIO DE EMMA GAMBOA

(*Envío del autor*. Ciudad de Guatemala. 1946.)

Emma Gamboa es una noble criatura de Costa Rica.
Está saturada de *eso* que hace que el sér se mantenga en la superficie.
Sólo quien logra ir ganando ese elemento imponderable
no se va a fondo, sino que burla la ley que atrae las cosas hacia abajo.
Así como la piedra móvil no cría moho,
no se acumula el lastre en los aviones que nunca se dan tregua.

Emma Gamboa tiene la voz de un mensajero intemporal y desnudo.
Cuando habla siente el hombre que existe el ciudadano del universo;
y al sonreír, descubre un río en que una mujer desvela horóscopos de bienaventuranza.
Es alegre y ligera como los pájaros, y grave y antigua como las aves nocturnas.

Emma Gamboa tiene las alas de la inquietud, dolientes y gozosas,
y aunque por ello nunca tendrá paz en la vida, ni mascotas, ni bienes,
por ello nunca irá tropezando en la tierra como los seres pedestres.
Se perderá incontables veces por las llanuras siderales,
sentirá el estupor de las aves migratorias que se rezagan o se anticipan a la bandada,
pero ella sabe que sólo quien se pierde es suceptible de encontrarse.
Emma Gamboa, así pequeña y trascendente como es, ya ha presentido el puerto de sí misma
y entrevistò el espejo que a las almas ofrecen las estrellas.

Tres veces ha venido en horas apremiantes a posarse en mis ramas,
con hambre y sed, con sueño, con prisa, con angustia.
Yo entonces he sido el árbol amable y ella el pájaro bello;
y el coloquio fugaz habría podido quedar cada vez en un libro,
porque ha colmado un cuenco de eternidad o encendido entre los dos una custodia trémula.

Emma Gamboa es maestra, es maestra de escuela en Heredia.
Conoce—oh imponderable alegría—el color del destino,
y escribe poemas con pico de colibrí y lágrimas matinales
tan límpidas como las del rocío en el alba sobre las hierbas del campo.

Emma Gamboa es discípula de don Joaquín García Monge—ese gurú sin conflictos—
y compañera de Amighetti, Chisco Salazar e Isaac Felipe Azofeifa
y de una comunidad de cavadores de espíritu
que saben que en esta hora inminente del mundo
la rama se apercibe para una vendimia de comunión *humana*.

Emma Gamboa lleva en su nombre un águila y una sierpe,
tal como Zaratustra las tenía en su montaña sagrada.
Vuela ésta, repta la otra, y un alma sueña al par que mide la dimensión terrestre,
bebe sideral vino y come pan del trigo que en el polvo germina.
Sus manos son humanas y tienen alas de ángel.
Sus ojos son efímeros, mas se abren como caminos que van al fin del mundo.

Así es esta criatura que en Heredia levanta su oriflama anheloso.
Una flor y una alondra, y un libro y una lámpara.
Una estrella en el límite del sueño y la vigilia.
Una lágrima, un salmo; una clave de un templo de mañana.
Los seres que edifican a Dios la tienen muy presente,
cuentan con ella mientras los hombres ríen o lloran o blasfeman.
Y cuando llegue el día del juicio de los que se empaparon en el aceite cósmico
para arder y entregarse en llamas a la vida,
Emma Gamboa, pequeña y trascendente, ascua o carbón, humo o pavesa, será de *los llamados*,
con su libro y su verso y su flor y su llaga.

ALBERTO VELÁZQUEZ

BURRITO SANTO

(Envío de la Srta. *Nora Ovares*, San José, Costa Rica. Es una copia: el original autógrafo lo posee y estima la Srta. Ovares, en 1944, estudiante en la Escuela Normal, Heredia, C. R.)

Borriquito manso de la Virgen María,
manso borriquito que llevó a Jesús,
con su santa madre que al Egipto huía,
una noche negra sin astros ni luz.

¡Lindo borriquito de luciente lomo!
Hasta el niño mío te conoce ya,
y dice mirando tu imagen en cromo:
—¿Es el de la Virgen que hacia Egipto va?

¡Dulce borriquito todo mansedumbre!
Nunca a tus pupilas asomó el vislumbre,
más fugaz y leve del orgullo atroz.

Y eso que una noche sin luna ni estrellas,
por largos caminos dejaste las huellas
llevando la carga sagrada de un dios.

JUANA DE IBARBOUROU

Montevideo, Dic. 25-1944.



Emma Gamboa (1947.)

CAMINO BAJO LA LLUVIA

El camino satinado de aguas
y el aire empañado como un sueño.
Vamos quebrando espejos
y poniendo en huida los árboles.
Tu recuerdo se arrebuja en la llovizna
y va ovillando un pajarito
de llama y canto
entre mis pechos.
Los pasajeros anónimos
me miran con ojos lejanos.
También yo soy como ellos
anónima y lejana.
No sé qué anhela
la saeta dormida de sus ojos
y ellos no adivinan
mi estrella inmóvil
entre la fuga
de los cipreses.

ROSA INQUEBRANTABLE

Hoy entiendo el vuelo herido
y la flecha sangrante,
el ala inválida,
el tallo mutilado,
la flor muerta,
la catedral derruída
y la campana muda
bajo el moho del silencio.
Conozco el balido huérfano
en la media noche,
el camino sin huella paralela,
la mortaja de la luna
y mi sombra.
Entiendo las palabras áridas,
desierto, olvido, nunca,
y la última: lápida.
Lápida.
¡Y aún arde este corazón!
Rosa inquebrantable,
mas rosa en lo yerto.

EMMA GAMBOA

Costa Rica-1945 y 46. (En el *Rep. Amer.*)

HOMENAJE A UN MAESTRO...

ELIAS ERNESTO QUIJANO

Nota de editor: Reproducimos algunas de las muchísimas notas de la prensa colombiana publicadas con motivo de la muerte del Maestro Elías Ernesto Quijano, ocurrida en Bogotá el 10 de febrero pasado. Universidades, Colegios, Escuelas, el Gobierno Nacional, Gobiernos Departamentales, Asociaciones de Profesores y Maestros, Centros Cívicos y Culturales, etc., etc., expresaron su pena por la muerte del ilustre Maestro e hicieron el elogio de su nombre y de su obra.

SOBRE LA DURA TIERRA

Discurso pronunciado en el Cementerio Central que publicamos como homenaje al gran varón desaparecido.

La emoción y la sorpresa apagan nuestra voz. Sin embargo un puñado de palabras sube, difícilmente, desde nuestro corazón hasta nuestros labios para testimoniar nuestra admiración y nuestro afecto por el hombre que supo ser, con acendrado patriotismo y con inteligencia ejemplar, un modelo admirable como ciudadano, como hombre de hogar, como jefe de familia y sobre todo como padre y decano de la educación nacional. Ahora, antes de que lo impidan la tierra y la sombra y el misterio, no tenemos sino flores y palabras para entregarle a un cuerpo inanimado y yerto que hace apenas unas horas se hallaba alentado por una vida generosa e iluminado por un espíritu amplio, noble, comprensivo y por un corazón que en todo instante supo derramar, a manos llenas, la miel de la bondad humana sobre todos los que tuvimos la fortuna de conocerlo y de aproximarnos a su sombra bienhechora.

Difícilmente hallamos en nuestro paso presuroso por la vida un hombre adornado por tan valiosas y disímiles virtudes como don ELIAS QUIJANO, a quien, con motivo del infausto suceso de su muerte, todo el país, agradecido, deberá empezar a considerar no sólo como un ejemplo para las nuevas generaciones sino además como uno de los símbolos más puros de la religión de la enseñanza, de la misión más alta, especialmente entre nosotros porque sobre ella descansan los cimientos de la fábrica, aún en formación, de nuestra patria.

No en vano su vida presenta a nuestra veneración la más larga y benéfica trayectoria pedagógica que puede enorgullecer a los educadores que han entregado sus vidas, desinteresamente, al servicio del país, con lealtad a su propio corazón y con fe en los destinos de su patria. Ya es demasiado tarde, hemos dejado pasar la hora oportuna para reiterarle a don Elías Quijano, una vez más, como muchos quisiéramos, nuestra admiración, nuestra lealtad y nuestro cariño hondo y fuerte, pero sin embargo aquí estamos, de pie, frente a la tierra dura, en este sitio de lágrimas y ausencia, para entregarle al buen maestro y al amigo cordial nuestras palabras como se entrega el corazón.

Las miradas de los aquí presentes me están diciendo a gritos: habla de su infatigable fervor para el trabajo, de su admirable comprensión humana que fue el cauce por donde su corazón dejó fluir el bálsamo del consejo y del aliento para el prójimo, de su serena inteligencia para realizar las más complejas y difíciles empresas, de su abnegación para el servicio consagrado al esclarecimiento de la verdad y al engrandecimiento de la patria, de su bondad sin límites; habla de su amor encendido por su tierra y por su pueblo; confiesa que era uno de los hombres, muy escasos por cierto, que nos reconcilian con la humanidad. Pero ante todo hay un rumor que crece en vuestros pechos y grita en vuestros ojos: habla de su corazón. Pues diré únicamente que era del más puro metal, uno de aquellos corazones que muy de vez en cuando Dios deja crecer sobre la tierra para despejar un poco la oscuridad del mundo porque son como el árbol bíblico «plantado junto a arroyos de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace prospera».

Que Dios le dé su mano todopoderosa para iniciar su merecido ascenso a las alturas. Nosotros quedamos aún sobre la tierra con el precioso tesoro de su ejemplo y con el consuelo de que la ausencia es una revelación del amor indudable, porque con la ausencia se va todo lo que tiene mudanza y se extingue todo lo perecedero porque ella es como un gran viento que pasa y despoja del tallo los pétalos débiles y sólo deja la hermosura firme. Ahora comprendemos que la ausencia es verdadera cuando nuestra alma se ha ido detrás del ausente.

Que la tierra le sea blanda como será por siempre dulce y bueno su recuerdo en nuestra vida.

CARLOS MARTIN

(*El Tiempo*. Bogotá.)



Elías E. Quijano

—

EL GOBIERNO HONRA LA MEMORIA DE DON ELIAS E. QUIJANO

El Gobierno Nacional dictó ayer el siguiente decreto:

«El Presidente de la República de Colombia, en uso de sus facultades legales y considerando:

Que acaba de fallecer en la capital de la República el señor Elías E. Quijano.

Que el señor Quijano prestó valiosos servicios a la Patria como educador de juventudes.

Que su vida presenta una de las más largas trayectorias pedagógicas que registra la historia de nuestra educación.

Que actuó con decoro y acierto y con notable espíritu patriótico en numerosas cátedras, en la rectoría de importantes planteles del país, en la Dirección de Educación del Departamento del Valle, en la Dirección Nacional de Educación Secundaria y en la Secretaría General del Ministerio de Educación, y

Que como ciudadano, hombre de hogar y jefe de familia, fue digno de admiración y de respeto, decreta:

Artículo 1° El Gobierno Nacional honra la memoria eminente del señor Elías E. Quijano, se asocia al duelo de la educación nacional que su fallecimiento origina, y señala su vida como ejemplo de las nuevas generaciones.

Artículo 2° Copia del presente decreto, en nota de estilo, será puesta en manos de la familia del extinto».

MARIANO OSPINA PEREZ

El Ministro de Educación,
MARIO CARVAJAL

*

Como alguna vez lo dijera Germán Arciniegas, don Elías E. Quijano se ha ido esta vez sin estrecharnos la mano. Y a la hora final sus amigos hemos querido acompañarle en silenciosa comunidad atribulada. ¿Por qué este duelo de la sociedad y de las juventudes? Hay una explicación única y valedera: don Elías E. Quijano era uno de los más hermosos y sencillos ejemplos humanos. Bastaría recordarlo en su cátedra, atento a las inquietudes de la muchachada, discurrir pausada y sabrosamente sobre la vieja Colombia, sobre los días de sacrificio y de gloria, sobre la enseñanza de los varones tutelares. Poseía el dón maravilloso y cautivador de la conversación. Platicar con él, escuchar de sus labios el relato de sus primeras

experiencias, era una satisfacción inmejorable. A su vez, don Elías se complacía íntimamente en evocar las cosas de antaño, en darles colorido y fuerza espiritual.

Desde la adolescencia quiso entregarse al servicio colectivo. En la educación halló el campo propicio para sus creaciones. Indiscutiblemente fue un maestro de juventudes. Bajo su orientación discreta y su pupila vigilante se hicieron ciudadanos de la república muchos y frescos contingentes. Y mientras cada uno de ellos entraba en el escenario de la vida colombiana, él, satisfecho, les miraba y esperaba la presencia de otros nuevos para reiniciar la tarea nunca cancelada. Así, por largos años estuvo al frente de colegios en el Valle del Cauca. Llamado a Bogotá, desempeñó cargos de notable importancia como fuera los de Director de la Enseñanza Secundaria, y Secretario General del despacho. En este lapso su nombre se halla reciamente vinculado a la vasta gama de realizaciones cumplida por el liberalismo en estas materias. La última reforma del bachillerato—ambiciosa y bien calculada medida—le tuvo como uno de sus autores centrales al lado de otros distinguidos expertos. Hace dos noches había inaugurado las tareas del Colegio Nacional de San Bartolomé, la dependencia que había sido encargada a su responsable comando.

Con la muerte de don Elías E. Quijano la cultura pierde a uno de sus mejores logrados constructores, de sus estampas familiares, de sus devotos trabajadores. A toda su familia, particularmente al doctor Jesús Elías Quijano, gran amigo de esta casa, *El Tiempo* hace llegar su más sentida voz de condolencia y ratifica la admiración que siempre tuvo por las insuperables virtudes de inteligencia, discreción y bondad que distinguieron a tan señero varón.

(*El Tiempo*. Bogotá-11-2-47.)

*

En forma repentina falleció ayer en la ciudad el apreciado caballero don Elías Quijano, alto exponente del magisterio colombiano, y quien en repetidas ocasiones ocupó cargos de gran responsabilidad, todos ellos relacionados con el ramo de la educación.

De gran conocimiento y poseedor de esclarecidas virtudes, don Elías Quijano fué para todos los que tuvieron el placer de tratarlo más que un amigo, un guiador, ya que con su palabra llena de verdad, orientaba desinteresadamente a todos los que solicitaban su sabio consejo. En las distintas posiciones que ocupó, tales como las rectorías de varios colegios del Valle y del Cauca, en la dirección de educación secundaria, del Ministerio de Educación, y en la de secretario general del mismo ministerio, don Elías dejó un grato recuerdo, que perdurará entre todos, ya empleados oficiales o personas particulares quienes ganaron su amistad.

Hoy, día de duelo para el profesorado del país, queremos hacer llegar a todos sus parientes nuestra sincera expresión de condolencia, especialmente a su señora esposa, doña Elisa Sanín de Quijano y a sus hijos, el doctor Jesús Elías Quijano y a doña Elisa Quijano.

(*El Espectador*. Bogotá, 11-2-47.

*

A través de una meritoria existencia, don Elías Quijano sirvió abnegadamente su vocación de pedagogo. Ayer ocurrió su muerte. Acababa de asumir la rectoría del colegio de San Bartolomé, después de haber desempeñado durante cortos meses la secretaría del ministerio de educación. Respetado por todos, rodeado de esa consideración particular a la que supo siempre hacerse acreedor, en don Elías Quijano se realizó a cabalidad la más exigente condición ciudadana: la del maestro. Muchos de los miembros de las últimas generaciones que hoy figuran en la dirección de la actividad pública, aprendieron en el ejemplo diario de desinterés, de sabiduría, de honradez, que fue la vida de don Elías Quijano, su lección cívica. El maestro adquiere, cuando sabe serlo, una preponderancia espiritual que es el verdadero patrimonio que deja a los suyos. No es la suya la riqueza traducida en gruesos depósitos bancarios, en inversiones comerciales de apreciable rendimiento económico. Es la riqueza de quien ha inculcado, en la sensibilidad de las generaciones, una fe y una noción ciudadana.

En esto, el periodista se parece mucho al maestro. Don Elías Quijano, de los Quijanos del Valle del Cauca, de los Quijano de Wallis de Popayán, llevaba en sus venas una sangre prócer. Sangre de hombres que lucharon por una patria libre, de servidores públicos, de letrados. Militó en el liberalismo con una convicción que le venía de atrás, con la responsabilidad de quien sabe dar a las ideas que profesa un contenido y una razón ejemplares. No fue sectario, porque no comprendía el sectarismo. Fue un liberal en la acepción plena y apta de la palabra. Respetó las convicciones de los demás porque también exigía respeto para las suyas, acatamiento para sus ejecutorias de institutor y de patriota.

Particularmente sensible es la noticia de su muerte. A todos los suyos, este diario quiere hacer llegar de manera especial, su voz de condolencia y de luto.

(*El Liberal*. Bogotá, 11-2-47.)

*

EL RECTOR DEL COLEGIO DE SANTA LIBRADA Y LA MUERTE DE DON ELIAS E. QUIJANO

Resolución N° 1 de 1947
Febrero 10

Por la cual se lamenta la muerte del señor Elías E. Quijano.

El Rector del Colegio de Santa Librada, de Cali, en uso de sus facultades, y CONSIDERANDO:

Que en la madrugada de hoy falleció en Bogotá el señor don Elías E. Quijano;

Que su muerte constituye un hondo duelo de la patria por cuanto él se distinguió como ciudadano ejemplar por sus virtudes públicas y privadas, como por su dedicación a los estudios pedagógicos, y por la inquebrantable constancia con que sirvió a la comunidad social;

Que el señor Quijano consagró muchos años de su existencia, con eficacia y fervor, a la formación de la juventud y ocupó posiciones destacadas en diversas actividades de la vida colombiana;

Que el señor Quijano por sus singulares dotes de educador, consagró con desvelado empeño el acervo de su inteligencia, de su saber y de su vida ejemplar al servicio de la república;

Que el señor Quijano desempeñó el cargo de Rector de este Colegio de Santa Librada durante los años lectivos de 1936 a 1938 y en el ejercicio de esta noble labor, sirvió al plantel con eficacia, entusiasmo y generosa actividad, virtudes que lo hicieron acreedor

IMPRENTA AURORA SOCIAL LTDA.
Esquina Suroeste del Colegio Sup. de Srtas.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

a la grata recordación de profesores y de alumnos, RESUELVE:

Señalar en los anales del Colegio la fecha de la desaparición del señor Quijano con signo de honda pena para la comunidad escolar:

Presentar el nombre del desaparecido a las generaciones que hoy discurren en estas aulas, como ejemplo para la imitación de las relevantes cualidades que enaltecieron la vida del meritorio ciudadano que acaba de rendirse a la muerte:

Designar una persona en Bogotá para que represente al Colegio en los actos religiosos del entierro y lleve la voz de duelo del claustro.

Asistir en corporación de profesores y de alumnos las ceremonias fúnebres que se celebrarán en Cali por el alma del extinto, e invitar por carteles a estos actos religiosos.

Copia de esta resolución, en forma de estilo será, enviada a la viuda, a los hijos y a los hermanos del extinto.

Dada en la sala rectoral del Colegio de Santa Librada, en Cali, a los diez díaz del mes se febrero de mil novecientos cuarenta y siete.

El Rector
ANDRÉS J. LENIS
El Secretario
LUIS EDUARDO VALENCIA

*

En Bogotá acaba de morir don Elías E. Quijano, cuya desaparición registramos con verdadero sentimiento, pues que se trata de un varón de prestantes condiciones de orden moral e intelectual, las que desplegó principalmente en el importantísimo campo del magisterio, profesión que supo honrar con su competencia, su temperamento equilibrado y sereno y una devoción por las arduas y delicadas labores de la educación.

Graduóse en Pedagogía en la Normal Central de Bogotá y le tocó luego ser el primer director de la Normal que en años anteriores se fundara, la primera, en el Valle del Cauca, en donde dejó muy aprovechados discípulos. Estuvo al frente de la Vicerrectoría de la Universidad de Popayán, de la Dirección de Educación de este Departamento, desempeñando ambos cargos con eficiencia y pulcritud. Sirvió igualmente con lucimiento las rectorías de varios de los colegios oficiales del Valle del Cauca, como los de Tuluá, Palmira, Buga y particularmente Santa Librada, de Cali. Pasó después a Bogotá en donde desempeñó la jefatura de la sección de educación secundaria y, de allí, el doctor Mario Carvajal lo llevó a la Secretaría del Ministerio de Educación, puesto que servía últimamente. Su espíritu reposado y comprensivo, su estudiosidad y su amor a la juventud, le valieron para el cumplimiento de una buena y bella labor educacionista, campo en donde cosechó méritos de valía.

Otras destacadas posiciones oficiales ocupó asimismo, como las de personero municipal en Buenaventura, inspector escolar en Palmira, jefe de estadística departamental en el Valle, miembro del Concejo Municipal y secretario del mismo en Cali, diputado a la Asamblea de este Departamento y secretario de la misma corporación, representante a la Cámara por esta sección del país y senador suplente por el Cauca. En los planos educacionales, fuera de las rectorías de los institutos a que se ha hecho referencia, actuó como catedrático de Historia Patria en la Escuela Militar de Bogotá y en la Universidad Libre, así como en el profesorado de algunos prestigiosos establecimientos docentes.

(El *Relator*, de Cali.—11-2-47.)

*

Con la muerte de don Elías E. Quijano ocurrida ayer en Bogotá pierde la educación nacional uno de sus más notables, inteligentes y fieles servidores. Vinculado desde muy temprana edad a la labor didáctica, fue ascendiendo gracias a su inteligencia y a los extensos conocimientos que poseía, a las más altas Jerarquías del Estado. Actualmente desempeñaba el alto cargo de secretario general del Ministerio de la Educación Nacional, con extraordinario brillo mental.

El Valle del Cauca le debe a don Elías E. Quijano servicios especiales. Desde la dirección de varios colegios de segunda enseñanza, especialmente desde la del Colegio de Santa Librada desarrolló una intensa labor pedagógica. Los métodos de enseñanza fueron modernizados hasta donde ello fue posible dentro de la natural modestia de nuestro ambiente. Pudo demostrar desde esas posiciones sus magníficas condiciones de organizador y de los conocimientos de la juventud y la manera como encauzar sus inquietudes.

En Bogotá, en la jefatura nacional de bachillerato colaboró eficazmente con varios ministros en la elaboración del nuevo *pensum* del bachillerato. Fue él uno de los adalides por dotar al país de una juventud adecuadamente preparada. Encauzó los estudios hacia las necesidades nacionales, hacia el estudio de la realidad colombiana dotando los estudios de una fuerte orientación nacionalista. Pero para don Elías el espíritu clásico nunca estuvo ausente de sus preocupaciones. Sabía él que la cultura también tiene que orientarse hacia las cuestiones meramente especulativas.

(*Diario del Pacífico*, de Cali.—11-2-47.)

MAS ALLA

Por Romain Rolland

(Traducción y envío de *Manuel Cano de Castro*. San José de Costa Rica. Marzo de 1947.)

Escrito en 1926, este texto, (texto inolvidable e imponente, añade el traductor), que debía figurar en un capítulo inédito de "Viaje interior" titulado *El ojo*, toma hoy un valor profético. Es como el testamento espiritual de R. R.

Es la palabra de mi acción,—de la acción de toda mi vida. El título de fortuna: *Por encima de la Lucha*, que he enarbolado en la lucha, como un hombre que se ahoga y que, los brazos levantados, abre la boca, grita, y quiere respirar,—este título abofeteado por la injuria y recogido fieramente como un glorioso desafío,—este título me ha traicionado. Ha hecho ver al hombre que trepaba por las escaleras de cuerdas, azotadas por los vientos, por encima del barco. Y así era. Pero no ha mostrado lo que buscaban los ojos del hombre suspendido,—la ruta del barco ni su puesto de vigía. El vigía forma parte de la tripulación. Mas su deber está allá arriba. Y nunca deja su puesto. Si el barco se hunde, sabe también que él se hundirá. Pero su deber es no mezclarse al barullo del abordaje, abajo. El vela. Escudriña lo que viene, los despojos flotantes, los arrecifes ocultos, las antenas de los submarinos.

Quiero decir la visión trágica que se me impuso, en mi puesto de vigía, y que me ha perseguido toda la vida.

Este puesto, nunca lo había buscado, ni jamás lo quise. La naturaleza lo ha querido. Y me lo ha impuesto. Niño enfermizo sin mezclarme en los juegos, adolescente solitario, apartado de la acción y de las distracciones violentas, ¿qué me quedaba ver? Ver, ver siempre más claro, ver siempre más lejos. Mi mirada se afinaba en mi soledad. Temprano ví por encima de las cabezas de mis compañeros que jugaban, por encima de los rebaños humanos que levantaban torbellinos de polvo. Y lo que ví me estremeció de espanto, desde luego. Clamé gracia. No, eso no quería verlo, quería cerrar los ojos. Pero un verdadero hijo de Francia no puede cerrar los ojos, «Y que ría o lagrimee, es necesario primero que vea...»

Romain Rolland

¿Qué he visto? Debo desvelar estos terribles horizontes? Sí, en este Testamento. Pues debo, antes de desaparecer, trasmitir a los que son dignos estas *última verba*, cuyo secreto ha pesado sobre mí toda la vida.

No me he equivocado, desde mi primera mirada de adolescente: he visto renovarse el fin del mundo antiguo—el quinto acto que proviene de la gran tragedia de Occidente.

Instinto que me hacía escribir el coro final del Sitio de Mantua.

Declinar de Europa, contra el cual la energía de Cristóbal, en un sobresalto final, reaccionó bajo la vista de cristal puro de Oliverio desengañado. Con Cristóbal, he luchado contra el destino que veía venir. Y yo he llamado a la lucha a las nuevas generaciones. La esperanza persistió hasta el año fúnebre que selló el destino de Occidente: 1914. El año de la lucha, que cegó a mis hermanos menores, mis hijos espirituales, la Europa en flor.

¿Qué me queda por mirar más allá?

He visto lo que me negaba a admitir desde entonces—las fuerzas del destino destructor más potentes que las de los hombres—la impotencia de la libertad humana contra el porvenir escrito en las estrellas.

No abdico nunca mi fé en la libertad. Lo explicaré en otra parte. Pero la libertad no es una planta vivaz, que dura en plena tierra de un año a otro. Hay que aprovechar la hora y el suelo en donde está floreciendo. Hay tal minuto en la oleada del tiempo en que la voluntad puede cambiar de dirección el eje del destino. Transcurrido el minuto, ya está hecho por siglos. Esclavo, cúrvate bajo el *látigo!*

Hasta 1914, Europa tuvo en sus manos las riendas de la humanidad. Después, las dejó caer. Y no las volverá a coger más. He visto desde entonces, de año en año, precipitarse la carrera de los caballos desbocados hacia la ruina fatal. Y lo más sorprendente—lo que dá al horror un carácter sagrado—es que esta ruina se aceleraba, no tanto por los acontecimientos cuanto por la aberración de los espíritus que se adelantaban. Espectáculo inaudito, que, desde 1915, o 1916, los estadistas de Europa, en todos los países, con una continuidad abrumadora, han hecho siempre los gestos y dicho las palabras, que no habían de decirse ni hacerse, que eran las más funestas no solamente para el Mundo y Europa, sino también para su propio país y para ellos. Y sin embargo, (no quiero ser injusto con esos desgraciados) a pesar de todos sus defectos de orgullo y de ignorancia, la mayoría eran gentes honradas, sinceramente patriotas, convencidas. Su ceguera era por eso más espantosa. Saltaba a la vista que eran el instrumento de fuerzas implacables, que se servían de ellos para su ruina y para la de su raza y la de su civilización.

He asistido, Casandra, solo, sin un amigo, sin un confidente con quien desahogar mi dolor, al aproximarse del carnicero en la mansión de los Atridas. Y hoy veo alistarse la realización de mi profecía involuntaria de adolescente.

El formidable sacudimiento de los hormigueros de Asia, despertados de su sueño por el talón estúpido de Europa y listos para la gran marcha.

....

Pobres locos, habéis desencadenado el Océano. Los diques que vuestros pacientes Dioses habían alzado, vosotros mismos los habéis roído. Qué así sea! Sin duda los destinos de Europa están ya realizados. El sueño de Asia ha finalizado. Ella encabeza la caravana. Si solamente fueseis capaces de comprender la palabra del destino y de concluir un pacto con él. Pero, después de haberlo provocado, queréis detenerlo. Y arrojada la máquina monstruosa, os triturará.

He mirado. En torno se han detenido mis miradas. He valuado las fuerzas. He calculado las batallas que debéis dar. He visto los desastres a que nos encamináis. Y tratando de agrupar a los pocos, más clarividentes y fieles, hago una retirada con ellos hacia las cimas, la ciudadela. En el incendio de Troya, procuro salvar el *paladium*.

Mi acción no puede ser útil en la batalla presente. Está perdida. Mi acción servirá para la batalla del porvenir, en la época en que la humanidad maltratada después de su apretón, ensangrentada deberá concluir un nuevo pacto con la vida y recobrar

su marcha hacia las cumbres de donde ha rodado.

—¿Cuándo será eso? En uno o en diez siglos? No lo sé. ¿Cuánto tiempo ha durado la monstruosa agonía del imperio romano, del mundo antiguo, hasta su despertar?

Pero he aquí lo que veo, y lo que nos hacen ver claramente esta agonía misma y este despertar.

Diez a quince siglos de paro para el espíritu humano. ¡Se habla de nuevos valores morales, introducidos en el mundo por el cristianismo! Lo dudo; pero no quiero aquí discutirlos. Podría discutir también los valores bárbaros. La cuestión sería, a mi modo de ver, si para asimilarlos, una destrucción de lo antiguo era necesaria, y si cristianos y bárbaros no hubiesen florecido mucho mejor en el árbol de la paz romana que sobre el campo en ruinas del agro romano. (Semejante cuestión se presenta, para mí, a propósito de nuestro Antiguo Régimen y de la Revolución). Pero dejemos por el instante los sí, los peros. He aquí los hechos:

Los descubrimientos de la ciencia antigua. Platón, Archytas, los Pitagóricos del siglo V. ¿Qué sucedió? 15 siglos de incomprensión total y de ignorancia. 15 siglos de retraso. Notemos bien las dos causas: no solamente destrucción por los bárbaros que llegan, ignorancia de los tesoros que destruyen. Pero para los encargados de la custodia de los tesoros, desconocimiento progresivo, debilitamiento de la inteligencia. Los sucesores de Platón, incapaces de armonizar como él la inteligencia mística y la inteligencia matemática, la ciencia exacta y el ensueño, sacrifican el uno al otro, guardan solamente las perezosas aberraciones del espíritu que afloja su posesión sobre el mundo, que deja la presa por la sombra.'

¿Es esta la primera vez que se produce la trágica bancarrota? No, pero cada vez que se hunde uno de los potentes edificios de la civilización humana. Egipto murió sin darnos los secretos de su ciencia y la de Babilonia, que guardaban, sin comprenderla más, los Fafner de las Pirámides, cuando vinieron a degollarlos alegremente los jóvenes y estúpidos Sigifredos! La India ha producido en vano sus Copérnicos, diez siglos antes de nuestra era. Y los españoles, con una tenacidad diabólica y coronada por el éxito, han logrado destruir del Perú conquistado y saqueado, no solamente la raza y los monumentos, sino también los tesoros de una ciencia diez veces milenaria.

Ha habido diez Troyas. Ha habido tres Tihuanacu. Cada una ha asesinado a la otra, pero sin recoger jamás la herencia de sus pensamientos.

Lástima! Cuántos milenarios perdidos! Y el tiempo está medido para la humanidad. Es una gran aventura que la Naturaleza ha jugado con nosotros. No hay que creer que volverá a comenzar. La vieja sentencia: *Omnia abeunt, redeunt, nihil interit*, no inspira confianza. ¿El eterno retorno, el *sphairos*? Jamás dos primaveras son idénticas. La Naturaleza tal vez se renovará en otras experiencias. Pero la humanidad no será más que una vez. Tiene, o ha tenido, su infancia, su juventud; tiene o tendrá su edad madura y su declinar. De ninguna manera creo que sea todavía capaz—aun en sus razas menos usadas (por la civilización), de la formidable erupción de niñez, de la que surgió el milagro del fuego y del lenguaje—las dos obras maestras del espíritu humano. Los mismos descubrimientos no se harán diez veces, con el mismo vigor. Estoy seguro que mucho hemos dejado caer en el camino de los descubrimientos de la América pre-histórica, de la India, del Egipto y de la Caldea. Y qué vuelco de fortuna como la aparición de un genio que de pronto halla las huellas antiguas! Si no debiera jamás resurgir! Qué sabemos de eso? Temamos!

También, mi principal preocupación, en el desastre inevitable que considero de nuestra civilización de Europa, es preservar los tesoros más raros, para la humanidad que vendrá. Y el más precioso es la ciencia. No tan sólo su técnica; ésta se trasmitirá sin duda de un modo mecánico. Pero su gran espíritu adivinador, sus métodos, su fé y sus virtudes. ¡Que de inquietudes, cuando se considera ya los síntomas de flaqueza en los sabios y los pensadores del Nuevo Mundo—su precipitación, su *bluff*, su falta de seriedad, su necesidad de probar, de probarse antes de haber dudado, buscado, experimentado!

Instruir a los enemigos, instruir a las masas ciegas, a los oprimidos del mundo entero.

Las dos tesis: la del conquistador que mata a su esclavo, porque lo encuentra leyendo, y la de este gran judío, que desea que el poder sea dado al más encarnizado, pero al más inteligente de sus enemigos.

(Del mensuario *Quadrige*. París, Agosto Setiembre de 1945.)

EL JOVEN RABI Y EL VIEJO MAESTRO

(*Envío del autor.*)

Para ir a su cátedra, en la Academia, siempre marchaban juntos el Rabí y el maestro.

Tenían que hacer un largo recorrido por el campo y al pasar por la mansión de un rico finquero, un perro les salió ladrando al paso.

El viejo maestro le tiró una piedra y el perro se tornó más rabioso.

Al siguiente día la escena se repitió, pero cuando el maestro alzó la piedra, el Rabí le dijo: «Espera un momento», y le lanzó al perro un mendrugo de pan.

Al otro día el perro nuevamente volvió a salir, pero al verlos movió la cola y permaneció en silencio.

El Rabí le dió una nueva ración de pan.

Desde ese día el perro se convirtió en amigo del maestro y del Rabí.

El maestro dijo entonces:

Me sorprende esa mudanza: ese perro no ladraba porque tuviera hambre, porque pertenece a una casa rica; entonces ¿por qué intentaba mordernos?

Y el Rabí le contestó: El perro ladraba porque así le habían enseñado a defender a sus amos; ellos le daban el pan y lo preparaban para el cuido, para la defensa; ese pan es el estímulo con que los ricos impulsan a quienes están al servicio de su vida; nosotros, en cambio, le hemos dado el pan de nuestra amistad y el perro instintivamente habrá hecho esta apreciación: Tanto vale el pan de la riqueza, como el pan de la amistad.

—Entonces ese perro ha aprendido ya la «política del buen vecino», ironizó el maestro.

Y el Rabí sugirió:

En las relaciones corrientes entre seres, cosas y personas tanto como en las relaciones espirituales, a nosotros lo que debe interesarnos es que apunte por algún lado la Justicia, para que se establezca el equilibrio, la armonía; por supuesto que esa es una aspiración, porque la desarmonía, aunque parezca paradoja, es también propulsora de la Vida y de la Armonía; por ese motivo en los poemas sinfónicos de Wagner, entre la desarmonía de las grandes orquestaciones, surge la armonía que subyuga y que nos hace pensar en la grandiosa desarmonía armónica del Universo.

ARUM-BARUCH

Costa Rica. 1946.

CON EL APOSTOL

(*Envío del autor.*)

(Parte final del discurso que dije en el Liceo JOSÉ MARTÍ, de Puntarenas; con lo que concluyó el acto conmemorativo del cincuentenario de la muerte del Apostol)

Alguien ha dicho que quien consagra su vida a una idea, va hollando con sus plantas el Sendero de la Eternidad. Vida consagrada al amor y a la liberación de los hombres, fué la de José Martí, Apóstol de la libertad, de la justicia y del bien cuya palabra, por inspirada en los sólidos principios de lo humano, tiene las vibraciones del sonido que deleitan los sentidos, y tiene las vibraciones de la luz que penetra en las conciencias, mueve la inercia de los hombres y enciende en sus sentimientos la llama perdurable que hará palpitar sus corazones al rítmo del bienestar del mundo. Por eso, sobre el apostolado de su existencia, que es dedicación, se levanta el Maestro que anida en su alma. El sabe de la forma y del modo para imprimir el cambio fundamental de la conducta; él conoce el camino, y, con intuición profética, dice de las verdades necesarias a toda convivencia humana. Desde muy joven, sorprende a cuantos lo escuchan por la firmeza y profundidad de sus conceptos, y en su empeño y su ardor por la Patria, no se da tregua ni descanso; pone en actividad simultánea las múltiples facultades de su alma; y aparece en toda América cual cíclope gigante cuya energía creadora es de estructura más recia que los montes, pues que se halla a salvo de todo cataclismo y tiene lo Eterno por destino en la propagación de su Verdad. Ungido del Verbo, porque el Verbo es acción y él es acción, tras-

muta su pensar y su sentir, como el bautizado por el agua y por el fuego, en la síntesis sublime de su actuar... Y es así como su pensamiento es obra: obra de su pensamiento que hoy difunden los rumbos de nuestro Continente.

Si el principio vital es energía y el pensamiento es manifestación de esa energía, el pensamiento de Martí realiza su inmortalidad porque es energía ya manifestada. Es por ello que, sin fraseologías vanas, sin las palabras producto del consuelo que ofrece a los débiles de espíritu el sentir del más allá, sostenemos hoy aquí no sólo que el Apóstol no ha muerto sino que vive entre nosotros y es ante nuestra vista ladera de montaña, montaña misma de perfiles indomables, soberbios en su altura, inmensos en su imponente sencillez.

....

Permíteme, oh Maestro, que en el paradojismo de esta noche en que lejos de tu suelo se conmemora la fecha de tu muerte, cante henchido de gozo e inspirado por tu nombre ese himno de la Vida, ese himno de Amor que con acento sonoro cantaras tú también a la memoria inolvidable de los pequeños mártires. . . Permíteme arrebatarle a Cuba, aunque sea por breves instantes, la gloria de tenerte, para entregarte al Mundo, tu Patria Humanidad.

BENJAMÍN ODIO

Puntarenas, Costa Rica,
19 de Mayo, 1945.

¿HAY UNA LITERATURA COSTARRICENSE CONTEMPORANEA?

NOTAS PARA UN ENSAYO

(En el *Rep. Amer.*)

Si del pulgar al meñique nos sobran dedos para contar los novelistas, y si tenemos que empeñarnos en escamotear una triada bruja para enumerar a los poetas, y si no encontramos entre los críticos ni entre los ensayistas mayor número que para una humilde redoblona, ¿podemos hablar de una literatura costarricense contemporánea?

Pero, si por lo contrario, descubrimos que ese grupo reducidísimo se ha empeñado en crear una literatura que abarca casi todos los medios geográficos y sociales de nuestro país; y ha hecho poderíos por esquivar el criollismo ramplón al mismo tiempo que la influencia mal injertada con una flamante etiqueta transatlántica; y han tratado de descubrir, analizar, re-crear a un pueblo, que, como el nuestro, ofrece innúmeras particularidades intrínsecas: seríamos injustos si nos negáramos a declarar, libres de toda gazmoñería, que sí se puede hablar de una generación de escritores que han asumido en la más pequeña de las repúblicas americanas, la tarea responsable de dar el mensaje de nuestro pueblo y de su momento histórico.

Por primera vez en nuestra historia literaria el «caso» del escritor de talento no se presenta en forma aislada como ocurrió con Florencio del Castillo, en la colonia, o Pío Víquez, Aquileo y Magón, en la República. Y por primera vez también, en nuestra historia, ya no literaria sino sociológica, asume perspectivas de generación, provocada en gran parte por la madurez política que cobra el país en forma subitánea en la década de los 30. La anterior conmoción política—el liberalismo—produce legisladores (juristas mejor dicho) e historiadores. Eran quienes debían abonar el terreno.

Pero... ya nos estábamos adelantando en el análisis y es preferible que retrocedamos algunos pasos.

Nación de campesinos pequeño-burgueses—kulaks y mujics americanos—que se refugiaron desde hace cuatro siglos en los altos valles centrales para huir del trópico insalubre, y allí, cazurros e introvertidos, montañeses en una palabra, supieron construir una democracia, no sólo manchesteriana sino también con mucho de funcional y dinámica, asentada sobre una economía de minifundio, los costarricenses han tenido siempre una reconocida avidez de cultura, casi diríamos desproporcionada a la población, harto reducida, y a los recursos materiales, casi paupérrimos.

Lejanos—que cercana lejanía—de la otra América, la de pigmentación india—los aborígenes fueron prácticamente aniquilados—y la de pigmentación negra—los africanos nunca escalaron los valles centrales y periclitan en las costas bajo los plátanos—la tradición española se mantuvo intacta, mecánicamente trasplantada.

Homogéneos racialmente, monolingüistas, católicos ortodoxos, sin incorporar a la vieja religión hebrea la paganía aborigen, todos estos fueron factores para que la dictadura intelectual hispánica se ejerciera sin contrapeso.

Por eso toda la historia de la literatura de Costa Rica en el siglo XIX—en los siglos anteriores los escritores fueron fenómeno tan esporádico, como ya lo anotamos, que no llegaron a confabular un capítulo histórico—es un calco despiadado—de los movimientos literarios de la metrópoli. La excepción real y única de Aquileo Echeverría, ingenio folklórico ágil y refrescante, humorista fino y perspicaz y descubridor de nuestra psicología, viene a confirmar la regla.

Y este proceso de calcomanía se adentra aún en las manifestaciones contemporáneas, sobre todo poéticas. Claro que el modernismo dariano ya tiene voz y voto, pero se ve de pronto desplazado por el juan-ramonismo, el garcíalorquismo y el albertismo, como si existiera un empeño misterioso en que conserváramos el umbilicus incólume. Y en cuanto a la prosa se presenta dicha influencia reincidente aún con síntomas tan alarmantes como el caso de Joaquín García Monge novelista—el de menor valía de todos los Joaquines que hay en él—quien publica dos en su juventud: una a la manera de Pereda y la otra a lo Pérez Galdós.

Alejados—para resumir e insistir—de las grandes realidades de la América autóctona, que incluso ya se había estratificado en la filosofía del arielismo novecentista; tercamente enraizados en un tradicionalismo progresista, los costarricenses nos ignorábamos. ¡Nos ignorábamos a nosotros mismos, que es lo peor!

Nunca un novelista había sabido tomar un espejo y colocarlo a la vera del camino (según el consejo de Balzac) para que los compatriotas se miraran en él y se dieran cuenta de su misma existencia. Y así languidecieron los historiadores, que sin los novelistas resultan coleccionadores de efemérides. Y los legisladores nos cortaban el chaleco según las medidas de un maniquí inexistente, sin haberse dado el trabajo de tomarnos las medidas en carne viva.

Para complicar y agudizar el caso, por nuestra misma idiosincrasia, los procesos revolucionarios del globo se trasladaban hasta nuestras costas moviéndose perezosos por el océano, en medio de una mancha de aceite apaciguador, hasta llegar a resolverse todos minimizados, reblandecidos, acostarriqueñedos, como dentro de una «sopa de albóndigas», según la feliz expresión de nuestra Carmen Lira.

Así se realizó la revolución liberal, con su cortejo de reformas institucionales, educativas y jurídicas. Y así comenzó la era contemporánea.

De repente, maná del cielo, a raíz de la guerra europea se agudizan en forma repentina los procesos sociales en nuestra nación. Surge el «reformismo» y los estratos sociales más bajos, adormecidos entre el légamo de su conformismo cristiano, emergen a la superficie. El proceso cobra características de agonía con la crisis del 32 y entonces, con los primeros problemas marxistas, se infunde, en nuestra pacífica faz de monocultores, el rostro de millares de «sin trabajo» que flamean banderas rojas se y ensangrientan contra la policía.

Años tristes! El café no se exporta, los bananos se pudren en los muelles, no hay divisas, y por la piel de los setecientos mil costarricenses pasa un estremecimiento. En nuestro inexistente Capitolio los gansos profetizaban la buena nueva: porque de todo aquel fermento habría de surgir la Costa Rica contemporánea. Y dentro del fermento se condensaba una novelística.

La tradición española, anquilosada, pese a los esfuerzos de la generación del 98, ya no le basta a nadie. Era necesario, así como los protomártires de la independencia miraron a los enciclopedistas, poner los ojos en otra parte.

Entonces aparecen influencias nuevas, que hasta ese momento sólo habían sido captadas por una elite reducidísima, pero que de ahí en adelante se convertirían en carne social. Hacen su irrupción los rusos, capitaneados por Gorki, no el mejor, pero sí el más asequible. (¡Cuando los rusos aprendieron a escribir como los franceses, los franceses se dedicaron a leer a los rusos; y cuando los latinoamericanos escribamos como los rusos, todo el globo nos leerá a nosotros!)

Y entonces el río lento, manso—esa enjundiosa savia que todavía no da flores—como algún día nos definió Darío, abandona las márgenes apacibles y se precipita en los rápidos. Las novelas que antes aparecían a lo lejos y desaparecían resecas en el desierto de la apatía general, se suceden ahora con gran rapidez. Y al surgir una novelística, el más completo de todos los géneros, dá el país sensación de madurez cobrada de súbito. Como si al adolescente le brotara de un día para el otro barba renegrida.

Uno tras otro los novelistas se dividen el espacio o el tiempo y plantan sus reales a la medida de sus ímpetus:

Y entonces Max Jiménez publica «El Jaúl». Allí, por primera vez, aparecía el campesino del interior tal como era. El espejo de Balzac había hecho su aparición. No se trataba ya del hombre del agro español trasplantado en el laboratorio del tintero.

Era, por lo contrario, el más real y más sagaz retrato de nuestro hombre rústico escrito en prosa hasta el momento.

Y Carlos Luis Fallas, al escribir *Mamita Yunai*, ensancha más aún el horizonte. Con una gallardía inaudita en un peón de los bananales-¡que eso era!-se abre paso a codazos y se instala cómodamente en primera fila de los escritores de la América Latina. Era la novela del banano y de sus hombres: el ejército de sudor que siembra, corta y embarca los racimos de la United Fruit Co. La bronca voz epopéyica—epopeya: novela mural—domina el coro.

Y en ese momento los escritores costarricenses comienzan a saltar etapas, a marchas forzadas. Esas etapas, que según la definición de Marinello, hacen su trina aparición en la historia de la literatura americana en el siguiente orden: cuando el paisaje es héroe fundamental y todo ocurre en su función; cuando el hombre lucha contra el paisaje (la naturaleza bárbara); y cuando el hombre lucha contra el hombre y el paisaje retrocede y se reduce a lo que debe ser: complementario telón de fondo.

En Fallas ya no hay sólo rompimiento con la realidad de la influencia foránea, ibérica, ni tan sólo el espejo balzaquiano. Su obra es la novela-motor, la novela-mural, la novela partícipe del momento histórico de su pueblo.

Después de ellos, Fabián Dobles hace tres intentos y en el último termina por atrapar a la literatura con mano firme. Su novela, «Una Burbuja en el Limbo», aún cuando escapista en el tiempo, retrotrae la recuperación histórica constantemente ligada al presente. Es la suya la novela acuarelada, lírica, con buen dominio de la forma y la técnica.

De los otros convendría citar a Yolanda Oreamuno, que nos ha permitido vislumbrar en sus cuentos la enjundia, el temperamento, la pasión de su pluma. Marín Cañas, que parecía como el mejor dotado de todos, se apaga paulatinamente por falta de la estatura humana necesaria para hacer frente a su época. Y Abelardo Bonilla, que arremete contra la literatura psicológica con «El Valle Nublado».

Por sobre todos ellos una mujer—que ya no escribe sino crónicas anónimas en los diarios obreros—pero que tiene un aura de milagro que la circunda y que la coloca en una categoría especial: Carmen Lira, autora de «Los Cuentos de mi Tía Panchita». (Anterior a los «Cuentos de mi Tío Ventura» del chileno Montenegro, libro de igual filiación). También publicó de adolescente la novela «En una Silla de Ruedas»; pero no es tanto su obra escrita como su obra oral la que la impone. Por su casa de bahareque desfilan, diariamente, todos los intelectuales de valía del país; y en su rincón encuentran, títulos para sus obras (*Mamita Yunai* es un caso entre muchos), temáticas, directivas y un ejemplo vivo y laborante de abnegación, responsabilidad, cultura y amor por su pueblo.

Entre los poetas habría que destacar a Carlos Luis Sáenz, con 7 u 8 volúmenes inéditos de fina emoción cristalina e impecable corte moderno. Entre los críticos, a Mario Sancho y Emilia Prieto. Entre los dramaturgos, a Alfredo Castro: afrancesado, pero de gran maestría. Pero ninguno de estos géneros ofrece un grupo tan compacto y auténtico como el de los novelistas.

Finalmente un divulgador (Y qué divulgador de lujo!) Joaquín García Monge: meestro, difusor, luchador, orientador, que ha hecho de REPERTORIO AMERICANO el crisol de la América de espinazo erguido y sentido histórico.

Para recomenzar diremos, entonces, que aún cuando los escritores de Costa Rica tienen que movilizarse dentro de un ambiente asaz reducido, pobre, limitado, aislado en una isla de cultura de las grandes corrientes fecundadoras, han hecho, sobre todo, en los últimos tiempos, una valiosísima tarea: se han identificado con su pueblo y han dado ya los primeros pasos. Su generación es la primera que cumple con una función colectiva.

Aunque puedan «caber todos en un diván», como decía Plejanov de los primeros bolcheviques, pueden, también como aquellos, dar más de una sorpresa.

JOAQUÍN GUTIÉRREZ

Santiago, Chile, octubre del 46.

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito de Aquiles Certad sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

Fabián Dobles contribuye con 50 ejprs. de *La Rescoldera* (Cuentos) ₡ 2 50 el ejpr. y con 50 ejprs. de *Una burbuja en el limbo* (Novela) a ₡ 5.00 el ejpr. Precios para el exterior: *un dólar*.

Carlos Salazar Herrera contribuye con .... ₡ 25.00

El Lic. Raúl Ugalde G. y sus hijas Mabel, Telma y Flory, contribuyen con 100.00

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscric. mensual ₡2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario
sobre Nueva York

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.

José Martí

LOS ESCRITORES Y EL ESTADO

(Es un recorte. Envío de *R. H. V.* México. D. F.)

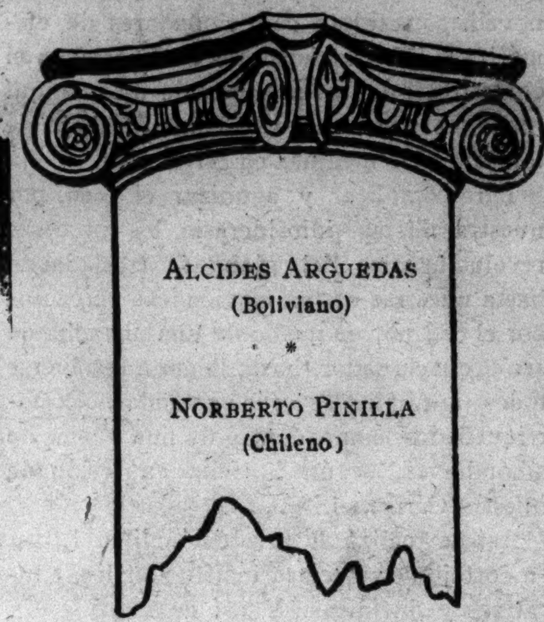
Entre los escritores y los medios culturales de nuestro país, se advierte desde hace algún tiempo un malestar en sus relaciones con el gobierno de México. No pocos culpan al Estado de su poca fortuna, de la pobreza editorial y aún del estancamienro de la literatura mexicana. Consideran que todo podría remediarse otorgando subsidios a las empresas culturales, colocaciones a los escritores y promoviendo la actividad misma de las letras a través de conferencias, viajes al extranjero y al interior de la República, premios y cuanto pueda imaginarse en beneficio de los intelectuales y del pueblo que espera su mensaje. ¿Pero es realmente el Estado el que debe sus dones a la inteligencia de México en la medida de sus solicitaciones, y puede realmente darle ese auge de que carece?

Han contribuido a agudizar este malestar, hechos diversos. Ante las expoliaciones de las empresas editoras, la miseria de nuestros establecimientos de cultura superior—en los que prestan sus servicios como maestros no pocos escritores—y el hecho concluyente de que en México el trabajo intelectual es uno de los más miserablemente pagados, los hombres de letras han vuelto sus ojos al Estado para esperar de él la solución de sus desventuras. Si a otros profesionalistas en diversas ramas del arte el Gobierno los ha protegido regularmente, ¿por qué no a los escritores? Y sin embargo, todavía no llega la hora esperada. Cuando al advenimiento de un Secretario de Educación, escritor destacado, se pensó que su actuación iría a ser sobre todo en provecho de los intelectuales, ocurrió que, comprendiendo substancialmente aquel funcionario el verdadero problema de la educación mexicana, dedicó sus mayores esfuerzos a la redención de la mitad del país que ignoraba las primeras letras, en lugar de ofrecer a quienes se acercaban a las formas más altas de la cultura, el complemento necesario para su entera satisfacción.

Es pues éste, como todos los problemas de México, un problema cuya resolución está supeditada a la resolución total. No basta que se arguya que los escritores y los artistas de un pueblo son su expresión perdurable y que se les debe, por ello, una atención especial. Ya Baudelaire observaba que las naciones, como las familias, tienen grandes hombres a pesar de ellas. Y a pesar de los grandes hombres, pudiera añadirse. Porque el escritor y el artista que tienen un mensaje que trasmitir o una obra que realizar, no esperan para hacerlo, ni su bienestar personal ni el aplauso del pueblo ni la protección de su gobierno. Pueden estimularlos, pero de ninguna manera condicionan su tarea. Aquellos escritores y artistas que solicitan una beca de un país extranjero para llevar a cabo una empresa, no tienen sino que recordar que ninguna obra verdadera ha sido realizada mediante auxilios semejantes. Y todos los que culpan al gobierno de México del marasmo de nuestra producción intelectual, a los editores de su renuencia a publicar sus obras y al público lector de su mínimo interés por las creaciones de su mente, debieran comprender que la causa y el remedio de estos males se encuentra en los escritores y en los artistas mismos.

Es posible que existan notables obras inéditas y que nuestro panorama cultural cambiase si existieran editores dispuestos a perder unos miles de pesos y un gobierno persuadido de la bondad de una inversion en las personas de sus artistas. Pero es problemática la existencia de genios ignorados a los que no haya sido dado manifestarse ni siquiera a través de las páginas de una revista literaria o bajo el patrocinio de un lector perspicaz; es poco factible que nuestras contadas casas editoras se decidan a lanzar una obra cuyos lectores no pasarán de unos cientos, y no puede esperarse la ayuda de un gobierno para la comodidad de un grupo minoritario cuando ese gobierno afronta problemas capitales de los grandes núcleos de la población del país.

Hace algún tiempo se promovió una encuesta entre los escritores para saber qué esperaban, en beneficio suyo, del gobierno de México. Entre los interrogados, recuerdo que uno de mis amigos me indicaba que, antes de responder propondría la pregunta contraria: ¿«Qué espera el gobierno de México de sus escritores?» Es decir, «¿qué espera el pueblo de México de esos hombres que, por sus dones y por su valer, pueden beneficiarlo espiritualmente? Y si de un agricultor se espera que cultive la tierra y de un músico que haga música, de un escritor se espera simplemente que escriba: que dignifique su tarea, que la haga llegar a la inteligencia y a la imaginación de su pueblo, que exprese los valores espirituales de su patria en signos universalmente válidos, que contribuya al acervo cultural de la humanidad con investigaciones lúcidas y con creaciones memorables. Todo eso pueden esperar nuestro gobierno y nuestro pueblo de los escritores de México. A cambio de ello, la experiencia nos enseña que ha sido frecuente no retornar sino cárceles, miseria, olvido. Pero la misma experiencia nos recuerda que, en nuestro tiempo, el escritor puede ser también un comerciante afortunado de su mercadería literaria, si sabe expresar con lenguaje persuasivo y en símbolos claros y vigorosos los problemas y los anhelos de su tiempo, y que en ese caso los editores se disputarán sus obras y los gobiernos le otorgarán distinciones y honores, alguna vez realmente merecidos.



Esta es la columna miliaria del *Rep. Amer.* En ella inscribimos los nombres de los escritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron. ¡Ricos de espíritu fueron!

No todos los escritores ni todas las formas de la literatura pueden alcanzar esa prosperidad de los grandes novelistas norteamericanos que han ganado millones con sus obras. Hay necesariamente un sector de las letras destinado a especialistas y a lectores de selección. Entre nosotros, con señaladas excepciones, toda la literatura parece escribirse para ser leída por un público muy reducido y no pocas veces por los propios escritores que, naturalmente, esperan que les sean regalados esos libros. Cuando algunos de nuestros escritores han decidido escribir para el pueblo, el pueblo los ha acogido con una prodigalidad extraordinaria. Recuérdense los casos de la serie autobiográfica de José Vasconcelos y de las novelas y relatos de José Rubén Romero, obras que han merecido varias reediciones y que han logrado para sus autores esas ganancias que tan escasas veces se reciben de las letras.

Cuando los escritores de México logremos hacer una literatura interesante y viva para nuestro pueblo; cuando ejercitemos nuestra pluma en ese lenguaje más arduo y elocuente, capaz de emocionar y cultivar a toda esa legión de lectores que hoy lo son de autores extranjeros y literatura infantil, entonces olvidaremos el sentido de esa queja tan frecuente que achaca al Estado, a los editores y a las envidias las causas de un mal cuyo remedio sólo está en nosotros mismos. Un mal consistente en pereza y esterelidad, aislaminto y confusión que no puede ser curado por ningún recurso externo sino por la propia decisión del paciente.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ